



Universidad de Chile
Facultad de Artes
Departamento de Artes Visuales

HIELO SUR BAK 279

**Memoria para optar al Título Profesional de Artes Plásticas, Mención
Escultura**

PABLO ELIAS VALLEJOS ROCCO

Profesor guía:

Adolfo Martínez Abarca

Profesores informantes:

Rainer Kurt Krause

Luis Montes Rojas

Santiago de Chile

Marzo 2018

AGRADECIMIENTOS

Agradezco y dedico este trabajo a cada persona que me abrió las puertas de su casa y compartió desinteresadamente su vida conmigo.

Agradezco a Vania Montgomery por la corrección y comentarios del texto.

ÍNDICE

1. Introducción	4
2. Capítulo I: El viaje, antecedentes e imaginario.....	5
i. El viaje: Primera etapa	9
ii. El viaje: Segunda etapa	19
iii. El viaje: Tercera etapa	27
2.2 Antecedentes	46
2.3 Imaginario	60
3. Capítulo II: Acerca de la obra	68
4. Conclusión	84
5. Bibliografía	86

1. INTRODUCCIÓN

El texto que se leerá a continuación relata un proceso que devino de un viaje en particular, motivado por un interés que se arrastra desde mi infancia por conocer un lugar al sur de este país.

En este capítulo comenzaré relatando las distintas experiencias que me dejó el viaje anteriormente mencionado, separándolo por etapas en un orden cronológico. Partiendo por mi estadía en el campo con los anecdóticos encuentros y reflexiones que conseguí en ese lugar, luego el cambio de rumbo hacia dos pueblos más hacia el sur y finalmente el ansiado regreso al lugar emblemático donde tuvieron lugar las vivencias que marcaron mi imaginario y lenguaje artístico.

El siguiente apartado rememora el paso por la escuela de artes, donde, desde un principio hubo una conexión e interés por la escultura, analizando los trabajos más significativos y haciendo conexiones entre los distintos conceptos que se fueron haciendo recurrentes al momento de la creación artística.

Para finalizar, se encontrará una reflexión más detallada en cuanto a los referentes visuales que potenciaron mi lenguaje y como se fue configurando el imaginario que le dio forma y sentido a la obra final.

CAPITULO I

EL VIAJE, ANTECEDENTES E IMAGINARIO

Quizás no tenga que volver, quizás no necesite mostrar la “Patagonia” como tal. Quizás no era solo el lugar, sino la suma de muchos factores; mi estado emocional, la calma, la soledad.

Hay que desmenuzar las anécdotas, encontrar el punto en común; él o los elementos que forman un todo.

Podría filmar escenas, traduciendo recuerdos y emociones, pero sin caer en la representatividad, en lo documental. ¿Qué sentido tiene intentar hacer un símil de la vida? Estaría desaprovechando la oportunidad de cargar esas anécdotas con un sentido poético, partiendo por la base de que lo poético en este asunto (la vida misma) es lo fundamental.

Origen

De pequeño tuve una conexión con formas de vida muy distintas a la citadina. Tenía familia viviendo en el extremo sur de Chile, por los cuales conocí a través de fotografías interesantes parajes. Ese enlace fue el que generó un temprano interés por conocer dichos lugares y a quienes vivían ahí. Hace un par de años tuve la oportunidad de viajar por primera vez, quedando completamente maravillado por lo que vi, superando todas las expectativas, pero sin la madurez necesaria para sacarle provecho al asunto, lo que no impidió que disfrutara ni me sintiera conmovido por tal espectáculo visual. Sin embargo, pasados varios años, al terminar mi formación artística intuí que era el momento de volver.

El viaje

La idea de viajar nuevamente fue motivada por el deseo de desaprender las conductas y costumbres que formaban mi ser, dando cabida a nuevos aprendizajes y a dejarme influenciar por un nuevo contexto, contrario al que estaba inserto. Esta predisposición tenía un motivo directamente relacionado al arte, ya que todas las nuevas experiencias y conocimientos irían en función de ampliar y definir un lineamiento de mi lenguaje e imaginario artístico. Así, cuando llegó el momento emprendí mi rumbo hacia este nuevo horizonte, sin saber qué pasaría ni cuándo concluiría este proceso.

Nueva normalidad y crisis

Llegué a la casa de mi tío, donde contaba con las comodidades de un ambiente familiar. Al no tener necesidad de trabajar, pude darme el tiempo de recorrer la ciudad, conversar con su gente en las calles, en los colectivos, donde fuese que tuviera la oportunidad. Poco a poco fui sintiéndome parte de este lugar, cayendo sin darme cuenta en una rutina que paulatinamente fue generando molestias en mi interior.

Mi tío tiene un terreno en las afueras del pueblo donde sagradamente los fines de semana nos íbamos a hacer vida de campo, lo que disfrutaba más que nadie. Esos acercamientos a la vida rural era lo que estaba buscando, pero al ser tan cortos quedaba insatisfecho.

A medida que pasaban los meses, mis motivaciones fueron quedando cada vez más relegadas y se vieron reemplazadas por darle más importancia a la socialización. La presión por sentirme parte de ese contexto me llevó a desconcentrarme de la idea principal de aprender en función del arte y desperdiciando mi tiempo en excesos y banalidades. Esta situación fue despertando un malestar y falta de sentido que se acrecentaba con el tiempo. Tampoco tenía con quién hablar de arte, y eso fue detonando en una angustia interna. La falta del quehacer artístico se hacía presente todos los días, sobre todo por las noches. En

esos momentos de ansiedad y angustia me di cuenta que volver a enfocar mi estadía en ese lugar en función del arte era vital. Lo sentí como una necesidad espiritual, comprendiendo desde ese entonces que para mí ser el arte es un elemento esencial.

Luego de encontrar el origen del problema se me hizo necesario hacer un cambio en esta nueva normalidad. Decidí dejar de lado la rutina, abandonando todo tipo de relaciones sociales para irme solo al campo, a desconectarme de los estímulos citadinos y reencontrarme con un ser más introspectivo y solitario.

Retiro

Me fui con un par de libretas y una cámara. Fueron tres semanas de no tener contacto con estímulos externos, sin televisión, sin radio, solo mis ideas, pensamientos y la inmensidad de la naturaleza. Fue un tiempo de emociones muy intensas. Los días eran de mucha paz, lo que facilitaba el flujo de ideas. Salí a explorar el campo, observando cada detalle que me entregaba aquel lugar, quedando conmovido por escenas muy simples, pero a la vez cargadas de una poética pura y sencilla. La corriente de los esteros, la quietud de las lagunas, los distintos sonidos del viento, la luz rasante, las liebres que corrían por el prado, las vacas que se paseaban lentamente, el trino de las aves. Cada elemento era esencial, parte de un todo y todo encajaba en aquella escena, tan simple, pero completamente perfecta.

Sin embargo, las noches eran muy distintas. La calma y paz se iban desvaneciendo junto con el día. La soledad tomaba un papel protagónico, sintiéndome completamente vulnerable dentro de ese entorno tan inmenso e indómito. Era en esos momentos cuando la compañía se me hacía muy necesaria, y al no tener esa posibilidad, despertaba en mí un sentimiento de melancolía y tristeza. Al tomar la decisión de irme solo al campo nunca se me pasó por la cabeza la simple idea de que estar completamente aislado en un lugar tan

alejado de la urbe me pondría a prueba emocional y espiritualmente. Pero ya estaba ahí, no podía hacer otra cosa más que enfrentar esos miedos, sabiendo que al llegar el día la calma volvería a inundar mi ser. Un par de noches pude controlar la aplastante soledad y logré disfrutar de su misterioso encanto, quedándome en total oscuridad fuera de la casa, escuchando la mixtura de sonidos provenientes de los animales y aves nocturnas. El viento cambiaba, se sentía y oía muy diferente al día. También el cielo, que cuando estaba despejado entregaba una escena maravillosamente seductora que era imposible dejar de mirar. La luna iluminaba más que cualquier luminaria citadina, la pureza se dejaba notar en cada rincón y en cada partícula.

Fue así como pasé ese periodo disfrutando los días y resistiendo las noches, sintiendo que haberme alejado de la rutina en la ciudad fue la mejor decisión que había tomado en ese entonces y asumiendo que fue necesario haberme perdido para poder reencontrar el rumbo.

Reencuentro

Ese tiempo de reflexión e introspección sin duda marco un precedente en la manera de encausar mis ideas, de darles el sentido por el que había viajado hasta tan lejos para llegar a ese lugar. El estar funcionando a mi propio tiempo fortaleció mi capacidad de observación y eso fue fundamental en todo el proceso que devino posterior a este “retiro”. Sentí que ya había pasado el tiempo suficiente en ese lugar, por lo que tomé la decisión de viajar más al sur. Empecé viaje hacia dos pueblos más, donde compartí por semanas sus formas de vida y conversaciones que enriquecieron mis pensamientos y reflexiones.

Dos meses después, retorné al último pueblo al que había llegado en este viaje. Allí trabajé, con el propósito de poner a prueba mi mente y cuerpo, someténdome voluntariamente a condiciones de vida y trabajo de mucho desgaste, experimentado en carne propia la carga de ese lugar.

2.1 El viaje: Primera etapa

Una de las cosas que más hice durante mi estadía en el campo fue recorrer todos sus alrededores. Por las mañanas, luego de haber comido algo, empacaba las cosas necesarias para estar preparado ante cualquier eventualidad. El salir a reconocer el lugar implicaba enfrentarme a riesgos, era un contexto totalmente nuevo para mí en donde cualquier paso en falso podría terminar de muy mala manera. La casa se ubicaba sobre una especie de colina, por lo que para bajar a inspeccionar era necesario saltar el cerco y descender por un sendero hasta llegar a un pantano, por el cual se podía recorrer todo el campo. Al estar ahí me di cuenta de que la casa estaba ubicada sobre una inmensa roca, de unos quince metros de altura. Tenía muchos lugares por donde empezar. Decidí bordear esta roca por un pequeño sendero que estaba entre la pared rocosa y un estero un par metros más abajo. El lugar estaba lleno de Quilas, las que dificultaban mucho el paso, como advirtiéndome de algún peligro. Al estar dentro de esa fortaleza de cañas y con la gran roca imponiéndose ante mí, la sensación de inferioridad era la protagonista. Me sentía atrapado, minúsculo, pero no era incomodo ni desagradable. Por el contrario, al dejarme llevar por esas sensaciones me sentía protegido.



Imagen 1. Entramado de ramas y quilas por un costado del sendero que rodea la casa. Adentrarse era muy complicado, dando la sensación de que lo impenetrable de ese lugar se debía a que contenía algo importante en su interior, con ramas a modo de barrera natural, para que nadie se aventurara a entrar. Seis Lagunas, Coyhaique. Primavera de 2016.

Recorrer el campo fue un hábito diario, algunas veces solo en las mañanas y otras durante todo el día. Un factor predominante en esto era el clima. Cuando notaba que se venía una lluvia muy fuerte tenía que emprender el rumbo a casa, lo mismo que con la luz del día. Cuando ya estaba bien entrada la tarde tenía que saber regresar antes que oscureciera por completo. Durante estos caminares tuve algunos encuentros bastante peculiares y anecdóticos, con una alta cuota de enigma. Escenas y situaciones que estaban allí, esperando ser descubiertas, pero que dejarían más preguntas que respuestas.

Un día, observando desde la casa el pantano, logre divisar que por el estero se encontraban dos cuerpos de animales atrapados. Me puse las botas, me colgué la cámara al cuello y bajé a investigar. La escena era cruda pero bella al mismo tiempo. Dos vacas que habían quedado empantanadas. A una se le veía solo el lomo y parte de la cola, dejando el resto

del cuerpo a la imaginación, ya que lo que sucedía bajo el agua era todo un misterio. Estaba en una posición de descanso, como si no hubiera luchando por intentar salir de ahí, solo dejó al tiempo trabajar con tranquilidad y llevarse su vida. La otra era lo opuesto. El concepto de muerte se percibía de manera directa y cruda, se veía su lenta descomposición. Huesos carcomidos y cuero seco e inerte, con moscas a su alrededor. La imagen descarnada de la muerte. Fue sin duda un encuentro anecdótico, una alegoría de la vida y la muerte, presentada de manera opuesta y complementaria al mismo tiempo.



Imagen 2. Vaca empantanada. El cuerpo yacía en una posición de descanso, dejando solo a la vista el lomo y la cola. El pelaje aún se encontraba casi por completo, salvo por sectores donde el barro comenzaba a ganar terreno sobre el cuerpo sin vida. Seis Lagunas, Coyhaique. Primavera de 2016.



Imagen 3. La muerte descarnada. La descomposición de la carne, los huesos expuestos y el cuero seco y retraído. Un cuerpo carente de vida, a completa merced del tiempo, quien se encargará de desaparecer todo rastro de lo que fue.

El estero donde murieron ahogadas las vacas cruza todo el campo, proporcionando agua a los animales que habitan el lugar. Era una fuente de este elemento vital, pero para mí se convirtió en un obstáculo que me impedía cruzar hacia el otro lado del pantano y seguir explorando hacia las lagunas que se divisaban desde la casa. Fui de a poco tanteando el terreno y evaluando los riesgos. Descarté saltar por sobre él, ya que si algo salía mal las posibilidades de ahogarme eran muy altas. A medida que me acercaba al borde de este, la tierra se sentía mucho más débil. Me ayudaba de una caña, que enterraba sobre el suelo para saber si estaba pisando tierra firme. Al comprobar que no podía saltar ni acercarme mucho al borde, tuve que buscar una solución al problema, y fue ahí donde recordé que en la casa había una escalera de madera. Subí en busca de ella. Al lograrla bajar la puse en forma horizontal por sobre el estero, logrando conectar un lado del pantano con el otro y cruzar hacia el otro lado.



Imagen 4. Escena de un atardecer en el pantano y la escalera como puente. La luz de ese momento le daba un brillo particular al estero, que avanzaba tranquilamente, dejando un sonido de exquisita textura. Seis Lagunas, Coyhaique. Primavera de 2016.

Al ver la escalera recostada sobre la tierra me percaté de lo particular de la escena. Esta se había convertido en un puente, que además de conectar dos lados separados por un obstáculo natural acentuaba la corriente del estero, generando una especie de bajo nivel con una visión reticulada del agua, formada por los espacios entre escalones. A pesar de que la escalera llegó a ese lugar por una decisión propia, se complementaba de manera armónica con el lugar, como si fuera parte de él, como si siempre hubiera estado ahí.

El resultado que logré atesorar con esta acción fue muy satisfactorio, dándome cuenta de cómo un simple acto se puede convertir en algo anecdótico. Lo anterior me abrió una nueva posibilidad de operación. Configurar escenas interviniendo la naturaleza íntegra del lugar. Si bien lo que relaté anteriormente ocurrió de manera accidental, esto no impedía que el asunto pudiera ser más premeditado. A partir de esa reflexión surgió otra

intervención, que tenía un elemento en común con la anterior: el agua. En uno de los tantos recorridos me topé con un hueso tirado sobre el pasto. No había restos de otros en el lugar, era solo uno. Lo tomé y deduje por su estado que llevaba mucho tiempo ahí. Lo llevé conmigo hasta una pequeña laguna, donde lo posé sobre el agua, dejándolo a merced de la corriente sutil. De a poco se iba alejando, desdibujando su figura por efectos del movimiento y la luz reflejada en el agua.

El recorrido del hueso fue entregando variadas texturas, figuras e interacciones con elementos que había en el agua, como ramas, palos y espuma. La escena acabó con el hueso sumergido en un sector de mayor profundidad, desprendiendo burbujas desde el interior, que emergían a la superficie. Fue un momento único e irrepetible.



Imagen 5. Hueso de animal encontrado de manera imprevista en el prado del campo de mi tío, rodeado por flores y pasto. El tono marmoleo y su carcomida apariencia resaltaban entre el uniforme paisaje del prado. Seis Lagunas, Coyhaique. Primavera de 2016.



Imagen 6. El hueso flotando sobre el estanque, camuflado entre la espuma del agua y el trozo de madera.

Al llegar al estanque el plan de lanzarlo fuertemente perdió terreno ante la idea de posarlo delicadamente sobre el agua, dejando que la sutil corriente lo fuera moviendo de un lado hacia otro, recorriendo el estanque. En un momento dado, el hueso llegó a un lugar donde había mucha espuma y un trozo de madera que curiosamente se asemejaban a este. La espuma blanquecina disimulaba al hueso por debajo del agua, y la única parte que sobresalía de esta tenía un peculiar parecido a la astilla de madera que flotaba a un costado. La imagen me parecía una especie de camuflaje, por la textura uniforme y el contraste que generaba la espuma en el agua.



Imagen 7. Momento cúlmine del viaje del hueso, comenzando a descender lentamente, perdiéndose en la oscuridad del fondo del estanque, liberando burbujas de aire por una de sus cavidades, las que emergían hacia la superficie.

Otra escena que pude observar y registrar tuvo lugar en las cercanías del pantano. Al adentrarme en este sector me fijé que flotando en el agua había una bota de goma de color naranja. Me intrigó bastante, ya que por lo que tenía entendido nadie andaba por esos lados, y en caso de que hubiera sido así, el hecho de que hubiera sola una bota en vez del par dejaba muy amplia la interpretación acerca de lo que sucedió ahí, el origen de ese objeto. ¿La habrán dejado intencionalmente?, ¿habrá pasado por lo mismo que las vacas alguna persona en ese lugar? No tuve respuesta a esas preguntas, y mejor que se haya dado así, quedando todo como un misterio.

A pesar de ser un objeto de fabricación industrial, pasaba lo mismo que con la escalera. Encajaba perfectamente dentro en el lugar, pasando a ser parte del paisaje, parte de la totalidad de la escena. La forma en que está flotando de costado se asemeja a cómo flotan los troncos en el agua, y su color está dentro de la misma gama tonal del pasto y algunos

reflejos de las nubes en el agua. La observé, la registré y la dejé ahí, tal cual la encontré, sin quebrantar la atmósfera que se percibía en ese lugar.



Imagen 8. Esta escena me recordó a La Zona de Stalker¹, ya que se sentía una fuerza similar en el ambiente, donde la naturaleza predominada sobre cualquier elemento que tuviera relación con el hombre (la bota en este caso) apropiándose de ella, como si la tierra de a poco se la fuera tragando hasta lograr impregnarla de su esencia y convertirla en parte de ella. Seis Lagunas, Coyhaique. Primavera de 2016.

Además de la multiplicidad de elementos que me entregaron las escenas y situaciones enigmáticas, durante este periodo tuve la oportunidad de observar detenidamente el ambiente natural que me rodeaba. Me topé con muchos árboles caídos, troncos secos y otros quemados. La escala de estos era por sobre todo lo que había visto anteriormente. Gigantes cuerpos del tamaño de columnas de edificios que yacían en el suelo, reconfigurándose lentamente como parte del paisaje, pero de manera distinta a cuando estaban erguidos por sobre la tierra. Ahora, horizontales en el suelo, atrapados por capas

¹ TARKOVSKY, A. [1979]. Stalker [filme]. Moscú, Mosfilm. Largometraje, 161 min., cine color.

de tierra, barro y pasto, que a su ritmo van amarrándolos a la superficie, como si se los estuviera tragando la tierra. No solo me sentí conmovido por sus gigantescos tamaños, sino también por las extrañas formas y volúmenes que me remitían al dibujo y la escultura. Modelados por el viento, las lluvias, los rayos, las caídas; huellas vívidas del paso del tiempo.

Recuerdo las flores en el campo, después de las nevazones y lluvias invernales. Luego de un tiempo muy corto el prado se llenó de flores amarillas. Podía pasar largos minutos sentado observando cómo se agitaban sincronizadas unas con otras por la leve brisa que además de hacerlas bailar, emitía un silbido tenue y apacible. Al recostarme de espaldas al cielo la perspectiva cambiaba, multiplicando las flores de tal manera que daba una sensación de que se extendían eternamente.

Por otro lado, el agua estaba cargada de texturas, colores y ritmos distintos. Los pastizales eran dibujados por la dirección y fuerza del viento. El cielo entregaba un espectáculo que se repetía todos los días, pero nunca igual al anterior. Los fuertes vientos, característicos de ese lugar, dotaban a las nubes de un ritmo perfecto, ni muy rápido ni muy lento. Se podía observar cómo sutilmente se generaban grandes masas que mutaban lentamente, fusionándose unas con otras, deshaciéndose y volviéndose a armar. Como si de un baile se tratara.

Estas situaciones, ya sean encuentros inesperados o en parte configurados de manera premeditada, se sustentan por sí solos. La poética inmersa en ellos es pura, al ser momentos únicos que acontecen en cierto lugar y en un período determinado por su propio tiempo. El carácter único e irrepetible del momento, junto con lo anecdótico pasan de manera desapercibida si no hay quién esté dispuesto a advertirlo. El presenciar el suceso y dejarse llevar por las distintas sensaciones que este genera, es solo una parte del rendimiento artístico que se puede obtener de esto. La reflexión posterior es fundamental, ya que esta permite desentramar los elementos que conforman la anécdota y generar lazos

entre ideas, conceptos, recuerdos y emociones para lograr una traducción al lenguaje artístico. Emplear la poética para hablar de poética.

Existen recursos que ayudan a poder hacer este trabajo posterior. Al presenciar un momento determinado nuestros sentidos son los que reciben la información, nuestra mente es la que la interpreta y nuestra memoria es donde se almacena para poder recurrir al acontecimiento por medio del recordar. Pero la memoria es frágil y está en una constante actualización, por lo que el recuerdo se ve alterado a medida que pasa el tiempo. Un recurso para poder perpetuar los acontecimientos es la escritura, siendo una traducción al lenguaje de símbolos y caracteres de lo que nuestra mente interpreta. En ese proceso de traducción ya existe una alteración del suceso como tal. Es una traducción de una interpretación. Otra manera es el dibujo, que opera de manera distinta pero parecida a la escritura. Para mí, frente a esta situación, la fotografía es el recurso que más fidelidad otorga. Por medio de esta es que se logra capturar el momento, congelándolo en el tiempo, dándole un carácter eterno. Si bien en el encuadre y técnica fotográfica ya existe una decisión influenciada por la interpretación, sigue mostrando las cosas como son. La fotografía es un recurso fundamental para llevar a cabo el proceso reflexivo al que me referí en los párrafos anteriores.

2.1 El viaje: Segunda etapa

Luego de este periodo viviendo en el campo, emprendí viaje más al sur. Llegué a Cochrane, a una casa que quedaba en las afueras del pueblo, rodeada por cerros y bañada por el río. Mi estadía anterior en el campo me había brindado un sinnúmero de espectáculos visuales y una nueva manera de ver las cosas y al llegar a aquí el panorama mejoró aún más. La vista que tenía desde la casa era maravillosa. Aparecía el río frente a mí, con su

agua cristalina que dejaba a la vista el colorido fondo habitado por sedosas plantas y escurridizos peces. Las mañanas eran muy frías, de grados bajo cero por lo que había que levantarse directo a picar leña para poder hacer un buen fuego para calentar la casa. El río amanecía con una especie de neblina que flotaba sobre este de manera estática y que muy tenuemente se iba esfumando a medida que los rayos de sol comenzaban a iluminar y calentar. Lo mismo pasaba entre los cerros, donde parecía que las nubes nacían desde el suelo y de a poco subían hasta el cielo. Todo amanecía cubierto por un velo blanco, como imágenes sacadas de un sueño.



Imagen 9. Al observar por las mañanas notaba que la neblina se fundía con las nubes, dando la sensación de que estas nacían desde la tierra. Un velo incorpóreo que se apropiaba de todo a su alrededor y que a pesar de su etérea consistencia era más pregnante que el campo más extenso o el monte más alto. Cochrane, primavera de 2016.



Imagen 10. Río Cochrane. La sombra proyectada por el cerro de enfrente permite apreciar el hermoso color turquesa del agua y su transparencia, que permite ver el fondo con su flora y fauna. Esta parte del río siempre se veía calma, pero al adentrarse en sus aguas se sentía la fuerte corriente y su gran profundidad. Un río seductor y engañoso. Cochrane, primavera del 2016

La experiencia visual y emocional que viví en este lugar fue muy parecida a la anterior en el campo, pero a pesar de la similitud, esta tomó un lineamiento muy distinto al del otro. En el campo había vivido un proceso interior, donde la soledad tuvo un papel protagónico. Acá, por el contrario, tuve la compañía de dos personas, lo que ya marcaba una gran diferencia y me permitió compartir con otros mis experiencias, ideas y sentimientos que nacieron en ese lugar y ese momento. Tuve conversaciones muy profundas, que aportaron de manera significativa a mis cuestionamientos y reflexiones. Estos diálogos trataron distintos temas, llegando a opiniones que a veces coincidían y otras que discrepaban. Fue parte del proceso, y agradezco profundamente el haber tenido la oportunidad de compartir con estas personas su vida, su casa y su hospitalidad. Luego de haber pasado un tiempo luchando con mi propio ser, vino el tiempo de volver a socializar, y lo interesante fue que esto no quebrantó la atmósfera de la que me había impregnado en el campo, sino que, al contrario, la potenció en gran manera.

Al pasar las semanas decidí continuar mi viaje, llevando conmigo una pequeña cámara y una libreta. No necesitaba ni quería más. Tres horas y media tardó el pequeño bus en atravesar, subir y bajar por montes y caminos barrancosos rumbo al océano. El paisaje fue cambiando notoriamente. Cochrane era más seco, más cordillerano. Caminos de calamina y bosques de Ñires y Coigüe. Por el contrario, a medida que me iba acercando a Tortel el panorama se tornaba más húmedo y pantanoso. Una mezcla entre campo y jungla. Árboles de gran altura sobre terrenos muy blandos o directamente sobre el agua. Gigantescas nalcas y una verdosa vegetación configuraban un paisaje acuoso. La dificultad para llegar a este lugar daba cuenta de lo aislado que se encontraba. Sentía que estaba adentrándome a otro espacio, a otro tiempo; a un pueblo cargado de misticismo y sorpresas. Al llegar comprobé que no estaba equivocado.

El bus se detuvo en una pequeña rotonda, que estaba a gran altura respecto al pueblo. Bajé mi mochila y caminé hasta encontrar algún lugar donde pasar la noche. Me encontré de frente con una enorme escalera, que me obligó a descender para continuar mi recorrido, divisando desde esa altura gran parte de la caleta. Al llegar al final de la escalera encontré un lugar donde quedarme, Hostal Hielo Sur. Me inscribí, dejé mi mochila y salí a recorrer.

Estaba nublado, había mucha humedad en el ambiente y el cielo amenazaba con llover. Las pasarelas estaban mojadas, todo estaba impregnado de el brillo característico de la humedad. Las plantas, las ropas de las personas, el pelaje de los perros, los botes que flotaban en el mar amarrados a los muelles. Seguí caminando, observando cada detalle, sintiendo el hielo en mi cabeza y manos, a ratos resbalando por las mojadas tablas que parecían nunca acabar. Subían, bajaban y se dividían en pequeños pasajes; unas en dirección a las casas, otras se adentraban en el monte perdiéndose en el bosque.

A medida que avanzaba me topaba con gente del lugar imposible de no reconocer. No por su manera de vestir, sino por lo que proyectaban sus rostros, su manera de caminar y su

semblante; esa mirada que reflejaba el peso de vivir en un lugar. Caminé hasta el final del pueblo donde se podía divisar una playa a mano izquierda y otro camino que se adentraba al monte. Regresé hasta la rotonda, rumbo al mirador que quedaba de camino al aeródromo.



Imagen 11. La interminable pasarela que conecta el pueblo con el aeródromo. Al fondo se logran divisar dos perros que me acompañaron en el recorrido. Fue inevitable no detenerme a la mitad del camino y observar hacia ambos lados. La pasarela era una línea recta, que parecía perderse en ambos extremos, rodeada de un enorme valle pantanoso al cual no se podía bajar. La bruma dejaba entrever los cerros, pero no en su totalidad. La sensación de inmensidad del entorno era gigantesca. Caleta Tortel, enero de 2017.

Durante el trayecto me topé con un grupo de perro y uno de ellos me siguió hasta el final de mi recorrido. Al llegar a la entrada del sendero hacia el mirador mi acompañante se adelantó. En un principio pensé que se perdería por el monte, pero me percaté que se adelantó para guiarme por el sinuoso camino hasta la cumbre del cerro. Avanzaba

campante un par de metros y se volteaba a ver si seguía su ritmo. Al acercarme volvía a caminar, saltando rocas húmedas y metiéndose al barro. A medida que íbamos subiendo la humedad se sentía más intensa hasta el punto que se puso a llover. El camino se dificultó, tornándose más pantanoso y mojado. Mi chaqueta se había pasado de agua y tenía barro hasta la altura de los tobillos, pero esto no era impedimento para seguir, sino que, al contrario, aportaba más emoción a la experiencia del caminar por esos lugares tan inhóspitos.

Al llegar al primer mirador la vista era grandiosa. Se podía ver la inmensidad del verdoso río Baker. También se lograba divisar el aeródromo y parte del camino que lleva a Tortel. Enormes montes se imponían sobre un hermoso valle coronado por el río. Luego de hacer una pausa en el primer mirador continué el viaje con mi compañero. Seguimos escalando rocas y cada vez el camino se desdibujaba más. Ya no había ningún tipo de señalización, solo confiaba ciegamente en mi guía de cuatro patas. Al llegar al segundo mirador llovía con más intensidad, la neblina estaba más densa y me di cuenta de que en poco rato comenzaría a oscurecer, por lo que decidí emprender rumbo hacia el pueblo.

La vuelta fue más difícil, ya que en gran parte del trayecto no había barandas, las cuestas se sentían mucho más empinadas y había que tener buen equilibrio y agilidad. La compañía del perro me hacía sentir más seguro, hasta que logramos llegar a la pasarela principal. Di por finalizada la aventura del día y me dirigí al hostel para comer algo y descansar.



Imagen 12. En muchas ocasiones la mejor compañía que un hombre puede tener es la de un perro, y más aún cuando este adopta un carácter de guía y protector. Las tablas que se divisan al centro son las del sendero, y frente a este, mirándome fijamente se encuentra mi compañero. Su semblante y mirada reflejaban tal seguridad que sin él no hubiera sido lo mismo. Caleta Tortel, enero de 2017.

Me levanté temprano al otro día y bajé a desayunar. Ya que era el único huésped en la residencial me senté solo, mirando por la ventana en dirección al mar. Me percaté de un hombre que cargaba cosas a un bote amarrado al muelle. Entraba a buscar cosas y salía. Chalecos salvavidas, botas de agua y una motosierra. Le pregunté a la dueña del hostel sobre aquella escena, respondiéndome que era su marido quien estaba cargando cosas para irse al campo un par de días a trabajar. En ese momento sentí que su respuesta fue una oportunidad de aprendizaje y experiencia que no podía dejar escapar.

La noche anterior, acostado en mi habitación, que estaba sobre el comedor del hostel, escuché a dos hombres hablar sobre trabajo. Uno le decía al otro que no encontraba a nadie en el pueblo que lo acompañara a hacer sus faenas, que nadie quería trabajarle a nadie y

que estaba cansado y necesitaba un compañero. En ese momento tuve unas ganas incontenibles de levantarme y sumarme a esa conversación, derechamente para ofrecerme como su compañero; pero un temor me inundó y me fui imposible hacerlo. Me dormí con los dientes apretados por mi falta de valor.

El viaje me estaba dando una segunda oportunidad y esta vez le hice frente. Le conté la señora que hacía ya varios meses que estaba viviendo en la región y que me interesaba el trabajo que realizaba la gente del pueblo, estando dispuesto a trabajar y aprender lo que fuese sin que hubiera dinero de por medio. Con un lugar donde dormir y comida me bastaba, ya que el poder vivir una experiencia de ese tipo me era más que suficiente pago. La idea le pareció interesante, sobre todo por la disposición que hice notar en mi hablar. Al entrar su marido le comentó la idea y él mostró interés, pero al mismo tiempo dudas. Resolvieron en que de momento era muy apresurado llevarme en su bote a trabajar con él, pero que si quería durante el periodo de enero, febrero y marzo podía darme esa oportunidad. Sin dudarle le dije que para esa fecha estaría de vuelta. Conversamos un par de cosas más y se retiró a su faena. Sin duda este hecho me dejó con muchas expectativas de lo que viviría más adelante y reafirmó mi postura en cuanto al camino que decidí tomar, el camino de la calma, la observación y el aprendizaje.

Pasé un día y una noche más en el pueblo, caminando y conversando con las personas que habitaban en él. Me encontré con un hombre que estaba reparando el motor de un bote. Me acerqué lentamente hacia el muelle donde estaba y comencé a preguntarle cosas. En un par de minutos entró en confianza y me invitó a subirme a la embarcación. Me ofreció un cigarro y seguimos conversando por un largo rato. Noté en ese momento que las personas del lugar mantienen una distancia con los turistas, pero cuando perciben un verdadero interés de acercamiento y humildad la desconfianza se transforma en hospitalidad y amistad. Al día siguiente, tomé el bus de vuelta a Cochrane, llevando conmigo el aura mística de aquel lugar y las enormes expectativas de lo que sería mi

retorno. Sentí que fue el primer acercamiento a una gran experiencia. El principio de una interesante historia.

En Cochrane estuve un par de semanas más antes de volver a Coyhaique, y luego de una semana de estar ahí emprendí retorno a Santiago. La vuelta a la gran ciudad me dejó con un vacío existencial al sentir la densidad de la capital sobre mi reconfigurado ser. Sentí que las cosas habían cambiado mucho durante esos nueve meses que estuve fuera. Un Santiago más acelerado, más ruidoso, más ajetreado. No me sentí cómodo durante mi corta estadía y lo único que me generaba satisfacción era el retorno a Tortel en un mes más. Mi mente se mantuvo allá, esperando con ansias el enigmático regreso.

2.1 El viaje: Tercera etapa

El cuatro de enero volví a viajar. Avión de Santiago a Balmaceda, de ahí una hora con cuarenta minutos hasta Coyhaique. De Coyhaique a Cochrane bus, que salía dos veces por día y demoraba nueve horas en llegar, y finalmente de Cochrane a Tortel, tres horas y media en bus. Toda esa travesía pasó a segundo plano frente a las ganas de estar nuevamente en aquel lugar que tantas promesas me había dejado. A diferencia de la primera vez, llegué al pueblo acompañado de un par de compañeros que se interesaron en trabajar durante el periodo de verano en la residencial. De principio me alojé en un cuarto que colindaba con una especie de bodega donde había leña e implementos para salir a navegar. La pieza era muy húmeda y el frío se colaba por entre los huecos de la ventana. A las siete treinta de la mañana tenía que estar en pie. Desayunaba té con pan amasado y comenzaba las labores diarias: picar y entrar leña, preocuparme de que el fuego no se apagara, ayudar en la limpieza del local (del que se encargaban mis compañeras), salir a comprar insumos al almacén, ir a buscar paquetes a la rotonda y ese tipo de cosas. A la una de la mañana más menos nos íbamos a dormir, para levantarnos nuevamente a las

siete treinta. Estas eran las tareas diarias de la residencial, pero la faena de la leña era la que me tenía expectante y ansioso por realizar. Embarcarse y salir hacía los montes en busca de la preciada materia prima, usada para construir, calefaccionar y cocinar, en suma, el elemento base para la subsistencia en ese lugar. Pero la salud del navegante no andaba muy bien, por lo que las salidas en bote se retrasaron un par de semanas. Esto fue una mala noticia, pero no dejé que me sobrellevara; estaba en ese lugar nuevamente, tenía la oportunidad de conocer más a su gente y dejarme seducir por la mística de su atmósfera. Pasaba largos ratos picando leña y observando a la gente pasar, miraba el bote mecerse en el muelle, a los perros que iban y venían en grupo, el cielo, que se abría y se cerraba en fracciones de segundos.

La ubicación geográfica de la caleta generaba un microclima y temporalidad muy particular. Estaba rodeada de montes y siempre había bruma, por lo que la luz era pareja durante todo el día; no había matices, no se podía advertir si era de mañana, medio día o entrada la tarde. Este factor alteraba la noción del tiempo, alargando las horas, pareciendo que los días jamás iban a acabar. A medida que pasaban los días, las condiciones de trabajo fueron cambiando de parte de la dueña del local. Los turnos eran fijos, trabajando todo el día, todos los días. A mis compañeras se indicó que no podían salir de la residencial en ningún momento ya que tenían que estar atentas si llegaba algún huésped. En mi caso era distinto, ya que podía salir a realizar encargos y caminar por el pueblo. Comenzó a notarse un descontento por las diferencias de trabajo entre los hombres y las mujeres. En este punto empezaron a aflorar sentimientos encontrados. Estaba donde quería, sentía cada vez más la carga atmosférica del pueblo, pero al mismo tiempo, la visión idílica que tenía fue desapareciendo. Me di cuenta de que las cosas no se estaban dando como esperaba. A pesar de esto, seguí esforzándome para no desmotivarme y continué realizando las tareas que me encomendaban.

La australidad del pueblo y la poca conectividad dejaba como consecuencia la escasez de alimentos, dependiendo de cargamentos que venían una vez a la semana desde Puerto

Natales, así como del camión que venía una vez cada dos semanas desde Cochrane, con frutas y verduras (que eran escasas en la región) y los gauchos que traían animales carneados de vez en cuando. La verdura y la carne llegaban sin previo aviso, dándome cuenta de esto al ver a las personas subir por las escaleras con sacos y bajar cargados de víveres. Mujeres bajando con grandes sacos llenos de papas, ancianos cargados con costillares de vacuno o con corderos enteros al hombro. Esa era la señal para ir a buscar una mochila, sacos y subir a buscar alimento.

Todo llegaba a la rotonda, donde había que ser bien astuto para no quedar con las manos vacías. Luego de asegurarse con una buena cantidad de frutas, verduras y papas había que bajarlas a pulso por la interminable escalera. La gente del lugar estaba acostumbrada a ese trabajo, por lo que los afuerinos como yo salían a la vista de inmediato, acomodando cada cuatro escalones la carga, trastabillando a ratos. Las personas que vivían en los sectores más alejados del pueblo bajaban sus cargas al hombro y en el muelle más cercano cargaban los botes y salían hacia sus hogares. A nadie le tocaba fácil, todos tenían que hacerle frente al trabajo, niños, mujeres, hombres y ancianos.



Imagen 13. Medio costillar y una paleta fue mi encargo al enterarse que los hermanos del lago Vargas habían llegado con un par de bichos a la rotonda. Subí con un saco en busca de la camioneta azul. Los encontré, les dije el corte que necesitaba y uno de ellos destapó el nylon, dejando a la vista los corderos recién carneados. El hombre sacó su cuchillo y comenzó a cortar. Al terminar le abrió un tajo entre las costillas, lo colgó en la pesa, lo metió en el saco y partí devuelta con el encargo al hombro. Caleta Tortel, enero del 2017

Pasaban los días y la situación no mejoraba. Mis compañeros estaban cada vez más sobrecargados de trabajo y enclaustrados en la residencial. Pasaban horas en las que no entraba ningún turista y no había mucho que hacer, pero de igual manera, la dueña del hostel no permitía que salieran a distraerse por el pueblo. Estar en un lugar tan hermoso, pero sin la posibilidad de dejarse cautivar por él era paradójicamente agobiante. La ventana que daba del comedor hacia el muelle se convirtió en casi la única forma de apreciar el paisaje, de observar el pueblo y eso era muy triste. Se intentó varias veces solucionar el problema con la dueña, pero solo nos encontramos con negativas. Por experiencia, había aprendido que la gente del sur, sobre todo de lugares aislados, era muy llevada a sus ideas, pero siempre con buen trato y disposición se podía llegar a acuerdos. Este, lamentablemente, no era el caso. El panorama empeoró, quedando sólo dos compañeros del grupo inicial. Sabía que la carga iba a ser mayor, pero ya había llegado hasta ese lugar, con muchas expectativas y no iba a dar marcha atrás, pasara lo que pasara.

Sin duda toda esta situación desmoronó la idealización que me había armado antes de volver. La visión del trabajo perfecto en ese místico lugar había cambiado rotundamente. En fin, los caminos estaban zanjados y había que seguir adelante.



Imagen 14. La ventana, el elemento de consuelo y esperanza. Anhelábamos salir y sentir la lluvia. Verla caer sobre el ventanal no era suficiente, había que sentirla, experimentar de lleno la simple y hermosa lluvia. Caleta Tortel, enero del 2017

El día once de enero salió trabajo en la leña. Nos levantamos temprano con don Santiago, desayunamos y comenzamos a preparar el bolso con la comida. Dos bolsas de té, un par de tazas plásticas, un termo y pan amasado. Luego de eso, comenzamos con el inventario de herramientas para la leña. Los chalecos salvavidas, de un tono naranja desteñido por los años, dos pares de botas para el agua, una casaca y pantalón impermeables, una motosierra que acusaba bastante uso en las ralladuras y pelones, y junto con esta, dos botellas plásticas unidas con una pitilla que parecía estar a punto de cortarse. Una tenía bencina y la otra aceite; la mezcla para dar funcionamiento a la herramienta. Comenzamos a cargar los implementos al bote, abalanzándome con la motosierra, los chalecos y las

botas, intentando economizar los viajes del muelle a la casa, pero don Santiago me miró y dijo que no había apuro, que trabajábamos a nuestro propio ritmo y haciendo bien las cosas. Todo a su tiempo. Le encontré razón, no me había percatado que estaba replicando conductas que quería erradicar y que con este llamado de atención logré corregir. Al terminar de cargar el bote, los perros de don Santiago salieron de la casa y se embarcaron, seguros y campantes; eran sus compañeros de viaje, perros rescatistas decía él. Rambo y Mono eran sus nombres.

Se encendió el motor y comenzamos lentamente a salir del muelle en dirección a los fiordos en busca de leña. La salida de la caleta era en línea recta hasta llegar el primer monte, luego teníamos muchos lugares donde ir, solo había que observar dónde se vieran accesos no tan dificultosos para poder bajarnos sin peligro. Al llegar a uno de los cerros noté con asombro que sobre este había una bandada de cóndores dando vueltas. Conté un poco más de veinte que planeaban sobre nosotros. Fue algo que jamás esperé ver. En Cochrane había tenido la oportunidad de ver dos sobrevolando un enorme acantilado, pero esto era más impresionante.



Imagen 15. Bandada de cóndores planeando sobre un monte. Ninguno agitaba sus enormes alas, solo se movían delicadamente de un lado a otro, demostrando soberanía absoluta del cielo, amos y señores de las alturas. Caleta Tortel, enero del 2017

Avanzamos un largo trecho, con el motor en baja velocidad, casi dejando que la corriente nos llevara para poder ir observando detalladamente cada lugar en busca de nuestro objetivo. Lo ideal era encontrar ciprés, árbol autóctono de la región y característico de Tortel. El Ciprés no se pudre; nace en el agua y muere en el agua dicen los viejos lugareños. Su aroma es muy particular. En la Caleta lo usan en las pasarelas, los gruesos palos que sostienen el peso de las tablas enterrados en el fondo del mar. También juntan la viruta para hacer fuego ya que es de combustión rápida.

Vimos muchos Cipreses erguidos en la loma del monte, pero llegar a estos era casi imposible. La orilla del cerro estaba llena de palos y rocas, por lo que no podíamos acercarnos con el bote. Luego de un largo tramo de búsqueda logramos divisar un enorme Coigüe, que había caído y estaba colgando en dirección al mar, sujeto por ramas y algunas raíces, amenazando en cualquier momento con ceder y quedar sumergido. Eran unos doce metros de árbol, eso era bastante leña. Acercamos el bote a la orilla, esquivando las ramas

y rocas que estaban por debajo nuestro. Subimos al cerro y don Santiago fue con la motosierra y el hacha a darle a la faena.

Primero le hizo un sacado, para ver si estaba seco y continuó con el hacha. Fue un largo rato de insistencia, ya que había que darle con la fuerza justa, sino el árbol cedería y terminaría en el agua. Luego de unos quince minutos, finalmente logró cortar el árbol, que cayó a la orilla donde con la motosierra comenzó a trozar en chocos de unos cincuenta centímetros aproximadamente. Al terminar con eso encontramos otra parte del cerro con buena leña. Subimos entre las rocas y con la motosierra comenzó a cortar. Al tener una buena cantidad comenzamos a cargar el bote. Me subí a este recibiendo los troncos que don Santiago me iba tirando, acomodando la carga, procurando mantener en equilibrio la embarcación.



Imagen 16. Divisamos un sector con buena leña. Eran árboles que habían caído, lo que simplificaba el trabajo, teniendo que cortar en vez de derribar. Acercamos el bote, lo amarramos y saltamos hacia el monte. Había que hacerse camino entre troncos que cruzaban sobre el agua a gran altura, prestando atención a los que estaban débiles para evitar pisarlos y caer al agua. En la imagen se aprecia la cantidad de ramas que sobresalen en el agua, lo que dificultaba el paso y acercamiento con el bote. Caleta Tortel, enero de 2017

Terminamos de cargar el bote y don Santiago encendió el motor para volver a la caleta. Empezamos a salir en reversa lentamente y al avanzar un poco el bote dio un tirón fuerte. Pensamos que habíamos chocado con algo, pero no había nada atrás. Intentamos salir y volvió a pasar lo mismo. Estábamos atrapados. Algo había por debajo de la quilla que levantaba el bote, haciendo imposible avanzar o retroceder. Estábamos equilibrados por sobre el agua. Intentamos levantarlo aún más para poder saltar el obstáculo, haciendo palanca con los remos, pero no había caso. Probamos una y otra vez, pero no pasaba nada. Luego de un rato don Santiago se comenzó a preocupar, porque ya se estaba haciendo tarde y podía llegar el anochecer de camino a la caleta. Estábamos a unas dos horas de distancia. Seguimos intentando palanquear por debajo del bote hasta que se nos ocurrió tirar una suerte de ancla oxidada que había en la embarcación. El hombre la lanzó lo más lejos que pudo y comenzó a recogerla, esperando que enganchara en laguna roca submarina. Al quedar atrapada, comenzaba a tirar de la soga con todas sus fuerzas, mientras que yo palanqueaba con el remo por debajo. Intentamos varias veces hasta que logramos levantar el bote y salir del obstáculo. Prendimos el motor y nos fuimos de regreso al pueblo.

El bote iba cargado a más no poder, entre leña, herramientas, los perros y nosotros. A medida que íbamos saliendo de los fiordos y entrando al mar el oleaje cambió bruscamente. La fuerza de este mecía violentamente el bote de un lado hacia otro rompiendo olas de tal manera que parecían baldeadas de agua. Al estar en el mar se lograba ver a lo lejos la caleta, señal de que estábamos cada vez más cerca de lograr nuestra tarea. Fue en ese momento que al mirar atrás noté que una neblina venía en dirección a nosotros. Le comenté a don Santiago y dijo que era una pequeña tormenta. Busqué el impermeable y me afirmé bien, esperando que llegara a nosotros. De a poco comenzó a sentirse una garuga que iba aumentando de intensidad y el oleaje empeoró. El bote subía y bajaba, se inclinaba hacia un lado y para el otro dando la impresión de que en cualquier momento nos daríamos vuelta. No sé exactamente cuánto tiempo duró esa situación, pero se me hizo muy larga.

Al cabo de un rato la tormenta se disipó y continuamos navegando plácidamente. Ese tramo fue muy tranquilo, otorgándome muchas sensaciones agradables. Sentí intensamente el suave movimiento del bote navegando y el sonido del agua que se fundía con el del motor, generando un ruido constante, que de a poco se naturalizaba al punto de dejar de escucharse. Observé a don Santiago, estaba baldeando el agua que había quedado dentro del bote. Miré al Rambo, se paseaba de la proa a la popa, campante como si fuera el patrón de la lancha con sus largas patas y erguido cuello transmitiendo una sensación de seguridad. El Mono, por el contrario, tenía un carácter más pasivo, recostado sobre la leña observando el mar con una inmensa paz. Lo vi tan plácido que decidí hacer lo mismo. Me recosté sobre el cargamento mirando hacia el cielo. En esa posición podía ver como las nubes avanzaban junto con nosotros, pero a una temporalidad distinta. Me relajé a tal punto de sentir que estaba flotando en el aire, que no había nada de qué preocuparse, y así lo era. Solo me dejé llevar por la serenidad del lugar y de ese momento en particular, quedándome dormido hasta llegar al pueblo.

Desembarcamos en el muelle y comenzamos a descargar la leña. Fue un trabajo que parecía de nunca acabar, sintiéndose cada vez más pesados los troncos. Los perros, por su parte, subían y bajaban del bote, queriendo también ser parte del trabajo. Al terminar, dejamos la leña para al otro día llevarla hasta la casa. Así fue la primera experiencia en el mar, con tormenta incluida. Sin duda superó todas mis expectativas.



Imagen 17. La envejecida y despintada motosierra, con la cual trozamos la leña obtenida en la jornada, parte de la cual se logra apreciar en la imagen. También se logra ver parte de la oxidada y maltrecha ancla, la cual amarrada a esa desteñida soga nos permitieron salir de donde quedamos atrapados.
Caleta Tortel, enero de 2017

Al día siguiente comenzamos el trabajo de “tirar leña”, que consistía en llevar al hombro los trozos desde el muelle hasta la casa.

Pasaban los días y el trabajo seguía igual. Picar leña, hacer fuego, ir a buscar y comprar encargos. En esas salidas aprovechaba de conversar con la gente, quienes ya me reconocían por llevar algunas semanas en el pueblo. Me preguntaban de qué lugar era, dónde estaba trabajando y siempre terminaban invitándome a “pasar a los mates” a sus casas, lo que significaba que fuera a conversar con ellos, compartiendo unos mates y algo para comer. Así también fue que me enteré de cómo era la gente en el pueblo. La mayoría no se llevaba bien con el de al lado, todos hablaban de todos y eran todos medios parientes. Le gente era muy confiada y generosa. Podían no tener mucho, pero jamás le negaban nada a quien mostrara humildad y respeto. Conversando con vecinos me enteré de que la señora con quien estaba trabajando tenía muy mala fama en el pueblo por su trato, no

pagaba y engañaba a la gente. Esto me hizo bastante sentido ya que había experimentado en carne propia todo lo que me decían. Este era el lado oscuro del pueblo, el conflictivo, la parte que contrapesa todo lo hermoso y placentero, la parte que aterriza lo idílico de este lugar.

Al pasar las semanas, la leña comenzó a escasear en la residencial y eso significaba que tendríamos que realizar otra salida. Saber que volvería a navegar por esas aguas y adentrarnos en los fiordos me llenó de entusiasmo. Pero esta vez fue distinto. No sólo iríamos en busca de leña, sino que pasaríamos al campo de don Santiago a llevar materiales para terminar su cabaña.

Un par de planchas de cholguán y de zinc, un marco de ventana y algunas tablas cargamos al bote, junto con los mismos implementos de la vez pasada: botas, moto, chalecos y la compañía de los perros. Partimos un veintidós de enero rumbo a la playa San Martín, nombre que le había puesto su dueño. A diferencia de la vez anterior, el recorrido hasta el lugar fue durante todo el viaje en línea recta, hasta llegar a las faldas de un enorme cerro.



Imagen 18. Vista por detrás de la proa, observando los enormes montes que conformaban nuestro horizonte. En las faldas de uno de estos se encuentra la playa a la que nos dirigimos. Dentro de la embarcación se logra entrever el marco de ventana al costado izquierdo, un neumático que las hace de tope al momento de navegar por lugares rocosos, siendo éste quien recibe los impactos en vez del bote y los varios metros de sogas verdes desgastadas por el uso. Tenía muchas ganas de llegar a la playa y desembarcar, pero al mismo tiempo no quería que acabara el trayecto. Fue un momento anecdótico. Caleta Tortel, enero de 2017

La primera parada fue para recoger leña que había en la orilla. Nos bajamos sin problemas, amarramos el bote a un tronco que yacía entre las rocas y comenzamos a seleccionar el mejor material. Después de juntar una buena cantidad don Santiago comenzó a trozarla con la motosierra. Cargamos el bote y seguimos el rumbo hasta llegar al río San Martín.

Uno de los lugares más hermosos que había visto hasta ese entonces. El lugar estaba completamente aislado, muy lejos de un pueblo que de por sí ya estaba muy retirado del resto de la región, donde la calma se podía sentir en cada rincón. Amarramos el bote a un palo grande que había y comenzamos a descargar los materiales. La zona era una especie de isla que por un lado tenía salida al mar y por detrás pasaba un río que rodeaba todo el terreno desembocando en el mar. También había una suerte de estanque con agua cristalina, rodeado de árboles de brazos oblicuos que se acercaban al agua, pero sin tocarla,

reflejándose en la superficie de la laguna y generando una imagen claramente pictórica, que contenía un aura sacra imposible de quebrantar. A unos cuantos metros estaba la cabaña de don Santiago. Esta notaba una metodología de construcción muy intuitiva, realizada con materiales diversos y disonantes, pero que como conjunto configuraban la materialización del ingenio y astucia. El suple estaba presente en toda la choza, lo cual no era algo nuevo ya que el hostel operaba bajo la misma lógica; con retazos de tablas y cholguanés, clavos por aquí y por allá, lo que creaba una estética única e interesante, donde la funcionalidad del objeto era lo más importante. A simple vista podía parecer feo o mal construido, pero si se le daba un par de vueltas al porqué del asunto las piezas calzaban perfectamente, pasando de ser poco agraciado a tener una identidad propia dada por una necesidad.

Comenzamos a bajar las cosas del bote, apilándolas en la orilla de la playa para al terminar llevarlas hasta dentro de la choza. Continuamos recorriendo la playa en busca de leña, juntamos un resto y don Santiago la trozó con la motosierra. Luego de eso vino un descanso. El hombre se fue al bote y comenzó a afilar los dientes de la motosierra mientras yo me quedé en la orilla observando aquella escena. El bote amarrado se mecía muy lentamente al ritmo del suave oleaje. Al fondo se veían muchos montes, uno tras de otro, coronados con densas nubes que cargaban de dramatismo la imagen. Don Santiago, sentado en la proa del bote, ajustaba su herramienta de trabajo pacientemente y sin apuro. Por otro lado, el Mono y el Rambo jugaban revolcándose y dándose mordiscones. Fue un momento de único.

Al terminar de afilar, don Santiago me pidió que lo acompañara a buscar agua al río. Partimos bordeando la playa hasta llegar a dicho lugar, pasando cuidadosamente por las resbaladizas piedras. Llenamos dos botellas de cinco litros y volvimos donde estábamos para comer algo y partir en busca de leña. Avanzamos rumbo al cerro Vigía, donde Santiago decía que podríamos encontrar Ciprés. Razón tenía, ya que al llegar lo primero que vimos fue varios largos y blanquecinos troncos, uno tras otro. Amarramos el bote a

un árbol y saltamos a una roca que las hacía de escalera. Había que subir un poco más, caminando entre la turba que dificultaba el paso para llegar a un punto donde el terreno se aplanaba y se apreciaban los cipreses frente nuestro. Santiago empezó a cortar y a medida que iba avanzando a otro árbol yo los acomodaba en el borde de la quebrada. Al terminar de apilarlos los tiré de a uno al agua, ya que una de las características de esta leña es que flota, y era más fácil recogerla del mar una vez estando abajo. Descendimos y comenzamos a sacar del agua los troncos. Cargamos y continuamos con la faena.

Avanzamos por el mar acercándonos a otros montes, a baja velocidad para lograr divisar leña seca. La mayoría de los accesos a estos estaba muy complicado, hasta que encontramos una playa llena de leña que el mar había devuelto. Era puro Coigüe, de textura suave y bordes redondeados por el agua. Acercamos el bote lo más que pudimos y con cuidado bajamos. Los troncos que hacían de superficie estaban cubiertos con una fina capa de musgo muy resbalosa, que al poner un pie en ella aseguraba una caída al agua. Había que fijarse bien de no pisar donde se veía verdoso y brillante. Recolectamos lo que se veía más útil entre toda esa leña, cargamos y decidimos que era momento de regresar al pueblo.

El trayecto fue muy tranquilo, a diferencia de la vez anterior. Después de un rato de navegar el bamboleo del bote junto con el sonido del agua me llevaron a un estado de mucho relajo y paz, por lo que volví a recostarme sobre la leña y dejarme llevar por la atmósfera atrapante y llena de serenidad. Llegamos al pueblo, descargamos, ordenamos y tapamos la leña para al otro día entrarla a la casa.

Harto material logramos obtener y eso significaba que habría harta leña que picar. Aprovechaba los ratos en que no había mucho que hacer para salir al patio a trabajar en eso. Comencé a tomarle el ritmo al trabajo y a dotarlo de un carácter meditativo. Cada vez que quería relajarme o pensar salía a picar leña. El ejercicio mecanizado y repetitivo me

relajaba, aprovechando esos momentos para pensar más claramente, algunas veces para desahogarme y otras simplemente por la satisfacción de golpear y ver partirse la leña.

Luego de las salidas en busca de leña tuve otras en el bote, pero a dejar encargos a otros sectores del pueblo. Cada vez me familiarizaba más con el estar en el mar y a generar una fijación con las embarcaciones de madera. En los recorridos por el pueblo tuve encuentros con muchos botes, cada uno me entregó distintos planos de reflexión, pero había algo que los unía a todos; el estado de eterno abandono. Algunos estaban en peor estado que otros, pero claramente todos estaban en desuso, a merced de la lluvia y la humedad, pasando poco a poco a convertirse en parte del paisaje natural del pueblo, dejando que el barro y el pasto creciera por cada recoveco de sus tablas. Estos objetos estaban cargados de poética, repartidos por toda la caleta. Pero hubo uno que sin duda fue el más enigmático, amarrado a una pasarela y completamente sumergido, lleno de agua hasta el borde, pero flotando. Se dibujaba solo su silueta, que se veía desde arriba.

Llegó el día en que decidí dejar de trabajar en la residencial Hielo Sur. Era momento de buscar otro horizonte y estando fijo en un solo sector del pueblo no lograría mi cometido. Hablé con la señora y le puse fecha de término a mi trabajo. Aceptó a medias, pero no tenía más remedio; su trato en general no fue el que tuvo la primera vez que fui, generando situaciones complicadas y malentendidos entre quienes trabajábamos ahí.

Sin duda el salir de ese lugar me permitió conocer a muchas personas y ganarme su confianza.

Emprendí rumbo hacia un sector más alejado del pueblo, por el contacto de una de las compañeras que anteriormente se había ido a trabajar a un camping por allá. Llegué al camping a trabajar por alojamiento y comida, a cambio de la tarea diaria de participar en su construcción, que estaba en una fase inicial. El administrador nos facilitó con mi compañera un sector del living de la cabaña en la que vivía.

Al principio las relaciones andaban bien, pero poco a poco fue cambiando la situación, apareciendo roces por la peculiar personalidad del administrador. Al segundo día de trabajar con él una persona del pueblo me ofreció trabajo en su residencial, La Sureña era el nombre y estaba cerca de donde me estaba alojando. El trabajo consistía en preocuparme del aseo de las habitaciones y entrar leña. El horario me pareció bueno junto con la paga. De nueve a una de la tarde, con almuerzo incluido de vez en cuando. Acepté y comencé al día siguiente. El trabajo no era el que tenía planeado hacer en mi estadía en el pueblo, pero necesitaba el dinero para poder subsistir. Mi compañera, con quién me alojaba en la cabaña del camping encontró trabajo en otra residencial, donde la relación con sus jefes era totalmente distinta a la experiencia anterior. Gracias a eso comencé a ir de vez en cuando a esa residencial, ofreciéndome a picar leña. Me gané la confianza de la dueña, quien me invitaba a acompañarlos en la hora del almuerzo, donde la papa y la carne abundaban. Su buen mate de sobremesa y más entrada la tarde salían las tortas fritas (suerte de sopaipillas sin zapallo y de forma cuadrada) las que untaba con mantequilla, mermelada o manjar. La situación fue mejorando y logré una mayor estabilidad laboral y de vida.

El esposo de la señora del hostel, don Juan Ulloa trabajaba haciendo viajes en bote a la isla de los muertos (lugar turístico del pueblo), yendo a buscar pasajeros al muelle más cercano a la rotonda y en la leña. Sus pasatiempos eran subirse a su bote, partir donde fuese y beber hasta emborracharse. Buscaba excusas para desaparecer tardes enteras navegando o tomando. Al poco tiempo me gané el cariño y confianza de él, invitándome las veces que salía a buscar gente que llegaba al pueblo.

Un día le llegó un cargamento de dos metros y medio de leña y me ofreció el trabajo de tirarla hasta la casa, siendo el trayecto una larga pasarela con unos cuantos escalones en la mitad. Juan pagaba siete mil pesos el metro, catorce en total así que acepté. Me puse mi camisa de trabajo y comencé a hombrear. Era la primera vez que hacía ese trabajo de manera formal, estaba nervioso y ansioso. Sabía que era una labor característica del

pueblo; muy bien pagada, pero de mucho desgaste. Cada tronco era de un metro treinta de alto aproximadamente, unos más gruesos que otros, unos lisos y otros rugosos, con muchos nudos que se enterraban entre el cuello y el hombro. Había que encontrarle el ajuste al cargarlos, ya que sino al caminar un par de pasos era imposible continuar porque raspaba hasta romper la piel. Así estuve, varias horas. Seleccionaba qué tronco cargar; si eran delgados entre tres y cuatro podía hombrear, si eran más gruesos dos o uno solo. De a poco tenía que ir sacándole la destreza al asunto. Intenté de a dos, uno en cada brazo, pero se complicaba el equilibrio al caminar y se sentía mucho el peso sobre los hombros, terminando con las rodillas flectadas al llegar a la casa. Iba y volvía, tranquilamente y sin apuro. Subir el troco al hombro, caminar, tirarlo a la leñera, volver al muelle, subir el tronco al hombro, caminar, y así sucesivamente. Un bucle que parecía no acabar pero que me generaba la misma sensación que la de picar leña. El cuerpo automatizaba el trabajo, dejando a la mente en un estado meditativo, por lo que pensaba muchas cosas al momento de realizar esa faena.

Me fijé que desde que comencé con el hombreo un anciano de boina y bigote me miraba fijamente, sentado en la escalera fuera de su casa, fumándose un cigarrillo. En las idas y vueltas a buscar más leña pasaba por fuera de su casa. Llevaba un metro de leña tirada cuando se acercó a la puerta y me invitó a pasar a su casa. – “Vay bien con la pega, pasa a comer algo y a descansar un rato. Después sigues con eso”- me dijo cantaito, con su jerga gauchesca característica de la zona. Acepté y entré a su casa. – “Aroldo Cárdenas me llamo, cómete una cazuela que debís estar cagao del hambre”- mientras me indicaba la mesa con un enorme plato de comida servido y una caña de vino blanco. Estaba con Olga, su señora. Me preguntaron de dónde venía y qué hacía en el pueblo. Les conté que era de Santiago y que había venido a trabajar y aprender todo lo que pudiera del lugar y de su gente. Al escuchar esto me tomaron confianza y nació un cariño fraterno. Cada vez que pasaba a su casa era bienvenido. Cuando la señora Olga hacía pan o tortas para vender me dejaba pagarle la mitad y muchas veces me las regalaba. Al terminar la conversación partí a finalizar mi trabajo. Don Aroldo me prestó una chaqueta gruesa, para que la usara

cuando tirara leña, así me protegía el hombro de los raspones. Terminé los dos metros, don Juan me pagó los catorce mil pesos y me invitó a comer. Más regalado no podía estar.

Al pasar las semanas don Juan nos ofreció junto a mi compañera una casa que tenía más arriba, justo por donde vivía don Aroldo. Aceptamos y nos fuimos para allá. Nos prestaron un colchón, el cual pusimos sobre unas tablas en el suelo de la pieza y nos instalamos ahí. La casa tenía cocina a leña, luz, agua y un baño afuera. No se necesitaba más.

Así fue como logramos cierta estabilidad en el pueblo, trabajando de lunes a lunes con muy poco tiempo de descanso. Las tiradas de leñas se hicieron recurrentes, terminaba una y empezaba otra. Tuve un par de salidas más en bote en busca de leña, pero en una embarcación distinta y por otro sector de la caleta. Un día don Juan me dijo que lo acompañara a buscar leña por el río Baker, a un lugar que ya había ido antes y donde dejó un par de troncos a medio cortar. Acepté el trabajo y quedé de ir a su casa al día siguiente. Sorpresa fue que al llegar al otro día me encontré a Juan borracho. Había tomado toda la noche y no se encontraba en condiciones de embarcarse, o al menos yo lo creía así. Pensé que dejaría el trabajo para otra ocasión, pero no. Comió, se recostó un rato en el sillón, se levantó a tomar una taza de café y partimos al bote. El trayecto era más tranquilo, ya que navegábamos por el río y en línea recta. Al llegar al lugar, Juan se abalanzó a la proa y de un salto subió a tierra. Yo lo seguí por detrás con la motosierra. Ese monte era más caótico que los que estuve anteriormente. Muchos árboles y vegetación, con enormes plantas y cañas que dificultaban la visión y el caminar. Era un terreno bastante fértil y tranquilo, hasta que Juan prendió la motosierra y comenzó a echar árboles abajo, sin ningún juicio. Había que hacerles el quite para que no cayeran sobre nosotros. La manera que tenía de trabajar era muy tosca, pero era su método; yo no era quién para decirle cómo cumplir su labor.

Descansamos un rato y retomamos la faena. Juan me pasó la motosierra para trozar los enormes troncos que había dejado ahí semanas atrás. Eran de seis metros de largo por

ochenta de ancho aproximadamente. Él ya los tenía divididos a lo largo, mi tarea era hacerles un corte más para adelgazar el ancho y luego trozarlos. Terminamos el trabajo, cargamos el bote y nos fuimos de vuelta a casa para descargar y hombrear hasta la leñera.

Así fueron pasando los fríos y lluviosos días de verano en Tortel, con trabajo y desgaste físico y mental, pero que al observar el entorno y sentir la atmósfera se compensaba y encontraba equilibrio. El clima, el paisaje, el tiempo en las cosas, en los días que parecían no acabar, en el mar, la lluvia y la bruma. Había logrado lo que estaba buscando; insertarme en un contexto rural, desurbanizado, sentirme parte de él en las cosas buenas y malas; aprender de su gente e impregnarme de la carga poética de su particular atmósfera, vivir una realidad más cercana a las cosas esenciales y simples de la vida, más dura y más real.

2.2 Antecedentes

El relato descrito anteriormente revela el proceso previo al desarrollo de esta memoria como tal. La suma de cada una de estas experiencias configuraron un imaginario y lenguaje arraigando en un entorno rural, donde el tiempo pasa a ser el elemento fundamental. El tiempo en sus distintos ritmos, inserto en cada una de las vivencias y situaciones que marcaron este viaje.

Anterior a este proceso fui desarrollando distintas inquietudes e intereses que terminaron por acoplarse de manera natural a mi lenguaje artístico. Intereses que descubrí en el transcurso de mi formación académica en la Facultad, donde, a medida que pasaban los

años, fui encausando en una línea más concreta de reflexión y ejecución, los cuales describiré a continuación en un orden temporal.

Desde el comienzo de mis estudios formales de arte en la Facultad fui generando un interés por el área escultórica. Los primeros pasos fueron en el taller de volumen, donde tuve el primer acercamiento con la materialidad de la greda, el modelado y trabajar conceptos a través de esta.

Al momento de elegir taller central en segundo año estaba entre fotografía y escultura. Dos mundos, aparentemente opuestos. Decidí tomar el primero. Partimos con ejercicios formales, trabajando conceptos y pies forzados en materiales como alambre y cartón. Luego comenzaron los trabajos de símil y traducciones. En este punto ya le había tomado un interés y gusto al trabajo escultórico, lo cual es la base del desarrollo venidero de esta disciplina.

Al ir avanzando en los trabajos fui desarrollando habilidad y rapidez con el modelado y al mismo tiempo, inquietud por aprender otros recursos técnicos para ocuparlos en función de los temas a trabajar posteriormente. Una inquietud un tanto busquilla y visionaria. Logré aprender a soldar y ocupar las máquinas del taller de tecnología. Estos nuevos aprendizajes me motivaron cada vez más, reafirmando el apego con la escultura, específicamente con el desarrollo y perfeccionamiento de la técnica. Me fui familiarizando con ese concepto, llegando a la idea de que mientras más técnica tuviera más recursos tendría para desarrollar mi futura obra.

Había quienes no sentían este interés, primando la idea por sobre el oficio, pero sin entrar en discusiones de quien tiene la razón, sentía que no se podía dejar de lado el oficio, porque además de generar un aprendizaje creaba un vínculo entre la obra y el hacedor. La insistencia del trabajo, el ensayo y error, el hacer y deshacer dota de una carga única al objeto, una carga que es transmitida por el creador en esa instancia personal de búsqueda,

de intentar conciliar la idea original, los cambios que aparecieron durante el proceso y la materialización de esta.

El primer trabajo que más se acercaba al concepto de “obra” fue realizado en el año 2014 para el ramo de dibujo. Y es aquí donde aparecieron ciertos elementos y métodos que se fueron haciendo recurrentes en el posterior desarrollo de mi obra.

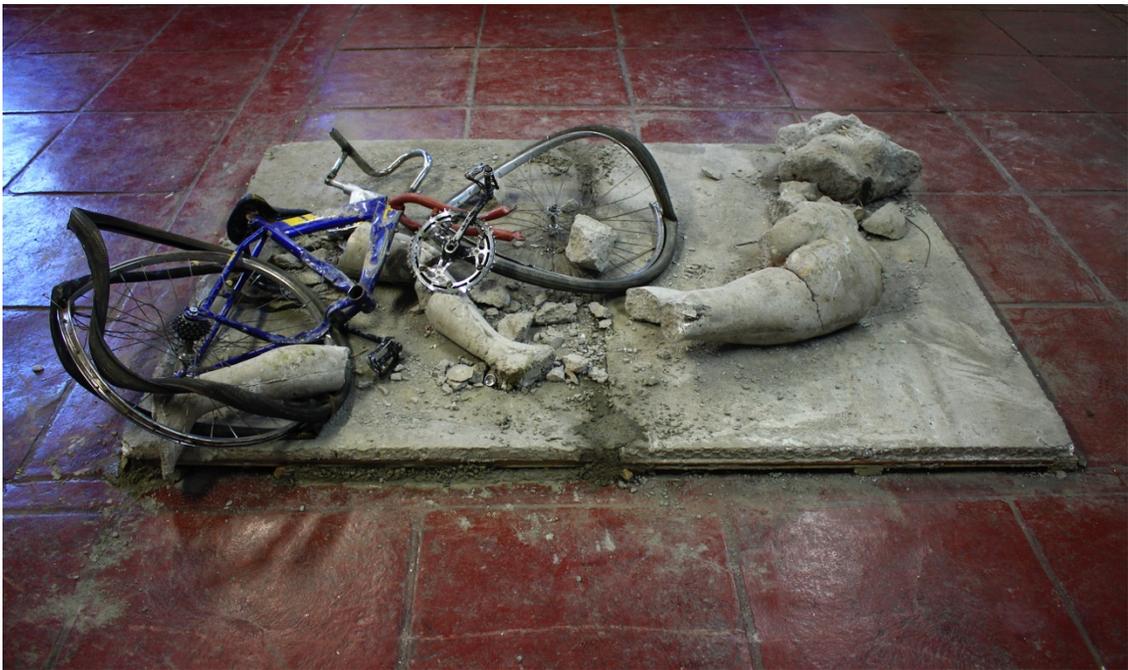


Imagen 19. Pablo Vallejos: Sin título. Instalación, 2014. Taller de Dibujo V, Facultad de Artes Universidad de Chile.

Esta instalación tiene origen en una experiencia personal, un accidente en bicicleta para ser más específico. Lo que me interesaba tratar era la fragilidad del cuerpo en este caso y la violencia con la que suceden las cosas, que es imposible prever; solo pasa en el momento menos esperado.

Tenía en mente una imagen cruda y directa, pensando en trabajar con carne en un comienzo, escenificando el suceso para hacer la lectura más rápida y atrayente. Pero como es sabido, las ideas siempre se ven alteradas al comenzar con el trabajo de su

materialización. Entran a jugar varios factores como la factibilidad, el tiempo, los recursos técnicos y los recursos monetarios, teniendo un abanico de posibilidades, cada una con pros y contras. En mi caso y desde este momento comencé a ocupar el reciclaje como concepto clave por dos razones. Una, por la monetaria, ya que no disponía de los recursos económicos para concretar mis ideas, que por lo general necesitaban de mucho dinero para llevarse a cabo, y la otra razón tiene que ver con que comencé a notar que los objetos poseían cargas particulares, lo que los diferenciaban del resto, sobre todo si el paso del tiempo era evidente en estos. Así, no era lo mismo ocupar una bicicleta nueva que una que ya hubiese tenido uso, con un desgaste natural en cada una de sus partes.

Es por esto que parte de mi método constructivo se basó en la reutilización de objetos encontrados junto con tratamientos a cada uno de estos. La bicicleta y el cuerpo fueron destruidos a golpes para lograr dar con la clave del accidente violento, que estaba buscando concretar. La bicicleta fue armada con distintas partes encontradas en la calle y talleres de barrio. El cuerpo de concreto lo encontré en el patio de la Facultad, aparentemente un trabajo del taller de vaciado. La base de concreto la construí con pallets, plumavit y malla reciclados y el cemento lo conseguí en el taller de vaciado. Había logrado concretar el trabajo sin tener que gastar dinero, lo cual me demostró que era un método factible para continuar desarrollando.

Este primer trabajo me dejó como conclusión que el utilizar objetos encontrados puede resolver problemáticas de tiempo de construcción, además de que al poseer su propia temporalidad tienen una ventaja, al darle veracidad al asunto; pero hay que ser cuidadoso, ya que esta misma cualidad podría escaparse de las manos al dejar que el objeto tome más peso del que se necesita y encamine la temática por otro lado, desviando la mirada del asunto original. También llegué a la idea de que todo objeto necesita de un tratamiento constructivo, para que no se aleje de los demás objetos, sino que se entiendan como partes de un todo dentro de la escena, que dialoguen entre sí.



Imagen 20. Detalle de pierna de concreto con plato de bicicleta enterrado sobre esta. Se logra apreciar la superficie de cemento destruida por el impacto del accidente. Taller de Dibujo V, Facultad de Artes Universidad de Chile, 2014.

A diferencia del trabajo del cuerpo y la bicicleta, el siguiente se aleja un poco en el origen de la temática, ya que no proviene de una experiencia personal, sino que de un interés más generalizado. El condicionamiento de masas.



Imagen 21. Pablo Vallejos: Sin título. Instalación, 2014. Montaje para Taller central de Escultura, Facultad de Artes Universidad de Chile.

Acá la idea que quería abordar era cómo el condicionamiento humano está instaurado en distintas organizaciones, en las escuelas en este caso y cómo estas definen comportamientos mecanizados en cada uno de nosotros. El método de trabajo es muy similar al anterior, mejorando algunos aspectos en cuanto a la calidad técnica de los elementos que componen la escena y la atmósfera de esta misma.

Al igual que el trabajo anterior, las primeras ideas fueron siendo descartadas por la poca factibilidad de su realización, ya que requerían un complejo manejo teórico y técnico, además de una alta inversión monetaria. Quería construir un autómata que realizara un

movimiento cíclico dentro de un determinado perímetro. El yeso era una alternativa mucho más rápida y sencilla (lo que no quiere decir fácil) para construir al personaje de la escena y el mecanismo autómatas se podía simplificar a una sola acción en un punto determinado. En este caso fue en la mano derecha, que sostiene firmemente un lápiz mina, que es golpeado enérgica y repetitivamente contra el pupitre, generando un desgaste en los tres elementos; el lápiz, la mano de yeso y el pupitre.

Este último, junto con la silla, fueron elementos que a mi parecer eran fundamentales que poseyeran su propia carga y veracidad, por lo que no podía intentar replicarlos, sino que necesitaba conseguirlos en algún lugar. Luego de mucha insistencia y búsqueda logré dar con ellos y potenciar la escena. La vestimenta de colegio no fue en lo absoluto difícil de conseguir, al igual que la pizarra, la que construí con un tablero que encontré botado, pintándolo de negro. En cuanto al plinto de madera, lo reciclé de la basura, al igual que la lámpara fluorescente. Cada elemento, como dejé en claro anteriormente, tuvo un tratamiento en particular. El personaje, su vestimenta, el pupitre con la silla. A la lámpara fluorescente, por ejemplo, le hice un simple ajuste para que uno de los dos tubos tuviera una intermitencia permanente, impidiendo que se encendiera por completo y que además generara un ruido repetitivo y molesto que potenciaba la escena, guiándola por donde me interesaba. Generar una atmósfera inquietante y molesta. Así, la iluminación jugó un papel importante, ya que al controlar los sectores de luz y oscuridad pude configurar el espacio según mi idea lo requería. El reciclaje, la técnica escultórica y lo escenográfico volvían a ser parte importante de la obra, marcando una metodología y estilo de trabajo que me era natural.



Imagen 22. Pablo Vallejos: Sin título. Instalación, 2014. Montaje para Taller de Dibujo VI, Facultad de Artes Universidad de Chile.

Posterior a estos trabajos decidí dedicarles tiempo a otras áreas del arte, la fotografía y el video. Esto significó no continuar con escultura como taller central, cambiándome a un taller experimental y tomando el complementario de cine en el último año de carrera.

Este interés por la fotografía y lo cinematográfico se arrastraba desde mis comienzos en la Universidad. Sentí que era momento de desarrollarlos en función de un aprendizaje más interdisciplinario, que le daría otro enfoque al desarrollo de mi obra, y al juntarlo con lo escultórico se potenciarían. Le encontré sentido a esta idea ya que el tema de lo escenográfico, la creación de atmosferas y la composición de elementos y objetos estaban muy presente en mis trabajos y se relacionaba directamente con el cine y la fotografía.

Comencé de un principio a mostrar un claro un interés por los formatos analógicos. La calidez y textura que poseen es muy distinta a los formatos digitales. También cuentan

con su propia carga temporal, ya que remiten en cierta manera a cosas pasadas, a otras épocas.

Tuve la oportunidad de realizar un cortometraje ocupando una cámara S-VHS (súper video), la clásica cinta de video magnética vhs, con la diferencia de que el súper video almacenaba más bandas y eso mejoraba la calidad de la imagen.



Imagen 23. Pablo Vallejos: Fotogramas cortometraje BANG!, 2015. S-VHS, 03:47 min. Taller de cine experimental, Facultad de Artes U de Chile.

A pesar de trabajar en un medio distinto al escultórico, siguen estando presentes elementos recurrentes en mi manera de construir y componer escenas. Partiendo por el formato análogo, que el hecho de ocuparlo como medio de creación es similar a hurgar en la basura, tomar un elemento y reciclarlo. El vhs está totalmente relegado tecnológicamente, por lo tanto, su uso es muy puntual o experimental. Volver a utilizarlo es una forma de

reciclar. Por otra parte, el lugar, el personaje y los elementos que aparecen en el cortometraje poseen su propia temporalidad, puesta a la vista en la vestimenta del personaje, el notorio desgaste del lugar y los objetos que aparecen ahí, junto con la calidez de la imagen. Una estética muy cercana a la trabajada anteriormente.

Si bien en esos momentos sentía que de manera constructiva y visual había encontrado claros intereses y métodos de creación, algo faltaba que dotara a mi obra de un carácter propio. Los temas que estaba tratando eran de interés común, basados en un bagaje cultural inspirado en el cine y la televisión, una cultura visual un tanto genérica que era compartida por los estudiantes de arte. Muchos lugares comunes, lo que no estaba mal, pero sentía que tenía que dar con referentes e inclinaciones que generaran más allá de un simple interés, de una idea a realizar; necesitaba algo que llegara a lo más profundo de mi ser, algo que naciera desde dentro, algo realmente sincero y honesto conmigo mismo.

De a poco ese algo fue apareciendo, dando luces de lo que podría ser. Resultó ser la poética. En un principio lo entendí como una manera de ver las cosas, de reflexionarlas, pero no sabía exactamente cómo trabajar desde ahí. Comencé a darle más tiempo a la observación, a generar pausas y sentir mi entorno. La fotografía fue una buena compañera en ese momento, me ayudó a capturar lugares, situaciones y cosas que a simple vista parecían no contener nada del otro mundo ya que eran muy simples; pero había algo más allá que lograba percibir, una fuerza quizás que las cargaba de poética.



Imagen 24. Fotografía análoga, 35mm blanco y negro. Cementerio Católico, invierno de 2015.

Esta fotografía es parte de un rollo que hice en el Cementerio Católico un día de invierno. Recuerdo que me desperté y estaba lloviendo muy fuerte. Mi cama en ese entonces quedaba de frente a la ventana de mi pieza, por lo que la primera imagen que tuve al despertar fue un cielo cargado de inmensas nubes grises, muy densas, que creaban una escena hermosamente dramática. La lluvia era muy intensa y parecía no parar, cuando de un momento a otro se detuvo y el cielo se despejó un poco, dejando pasar algunos rayos de sol, pero la gran parte de las nubes seguía ahí. Me sentí conmovido por aquella escena, que no era más que un simple día de invierno, pero en esa simpleza estaba contenida esa carga, que ya describí anteriormente. La poética de las cosas simples de la vida, de los fenómenos que suceden cada minuto pero que uno ha naturalizado.

Lo único que pensé en hacer fue cargar la cámara y salir a buscar un lugar donde el dramatismo del cielo se potenciara. Caminé sin rumbo fijo hasta encontrarme frente al Cementerio General. Iba a entrar cuando intuí que sería mejor ir al católico, ya que jamás

había entrado ahí, a diferencia del General. Crucé la calle y me adentré por los patios, mausoleos y pabellones; era lo que estaba buscando. El mármol tenía un brillo especial por la lluvia, el suelo estaba lleno de pozas que reflejaban las nubes del cielo y las esculturas y monumentos aportaban a la atmósfera sacra del lugar. Fue ahí donde capturé esta fotografía. El cielo, los brillos del suelo, el horizonte quebrado y el contraluz de este personaje de vestidura grecorromana hablan por sí solos. Es lo que se ve, no pretende ser otra cosa. Una imagen poética, fría y atemporal.

De momento no sabía qué hacer con esas situaciones que me conmovían, más que fotografiarlas para poder recurrir a ellas y estudiar su esencia. ¿Cómo podría hacer la traducción de esa imagen poética?

Junto con este nuevo descubrimiento sentí la necesidad de volver al quehacer escultórico, Dándoseme la oportunidad en un ejercicio que realizamos en el taller. Ejercicio de No Lugar.

El texto que acompañara a las imágenes a continuación es el que escribí en ese momento, el año 2015.



Imagen 25. Pablo Vallejos: No Lugar. Instalación, 2015. Ñuñoa.

“El ejercicio busca dar la excusa para, a partir de los conceptos tratados, generar (o no generar) una instalación, acción, o performance dentro de un radio cercano a la Universidad, posterior a un recorrido del lugar y un análisis del propio sujeto. La elección de ese lugar fuera de la Universidad nace tras la idea de auto impuesta de no generar nada dentro de los espacios comunes (Facultad), dando más relevancia al espacio público, dado que el tipo de lectura que se le daría a la instalación sería menos pretencioso (por parte de los espectadores). En esta instalación el proceso es acotado por el corto tiempo, lo que llevó a que “lo anecdótico” primara en lo procesual. Eso se concreta en la elección de los objetos, los cuales había recolectado en distintos periodos (un año y el otro un par de semanas) con la idea de que en algún momento serían claves en el desarrollo de una obra u ejercicio.

Previo a la elección de estos objetos fue la identificación del lugar, que poseía una carga de no lugar, esperando ser activada. La calzada es angosta, separando la pista de autos en sentidos contrarios. El suelo es terroso y desértico, pero a la vez la brisa y el sonido que generan los autos le da un aire de oasis; un lugar que escapa a la lógica de la ciudad, pero

inmerso en medio de esta. Estas características llevaron a pensar en esos objetos en particular. La materialidad de estos evidencian su uso, el paso del tiempo y cómo estos dos factores determinaron su obsolescencia. La pintura descascarada juega con el contexto; el verde de la puerta con los árboles y vegetación del lugar (lo orgánico), el celeste del pupitre con las micros que pasan por esa calle. La puerta y el banquillo se ubican de frente, dialogando el uno con el otro, y estos con el lugar. En medio de ellos se armó un monolito con piedras del lugar, generando la anécdota entre estos, haciéndolos dialogar entre sí, activando este espacio.”



Imagen 26. Pablo Vallejos: No Lugar. Instalación, 2015. Ñuñoa.



Imagen 27. Pablo Vallejos: No Lugar. Instalación, 2015. Ñuñoa.

Al terminar este ejercicio y analizar lo que había ocurrido, sentí que había dado con algo que andaba buscando. Cada paso que daba se acercaba más a los intereses que estaban surgiendo dentro de mí, trabajando la poética desde el cuestionamiento o inquietud hasta su desarrollo y materialización. Los comentarios que recibí en ese entonces en el taller reafirmaban la idea.

2.3 Imaginario

Sin duda cada aprendizaje, cada intento y cada error durante mi periodo de formación artística fueron configurando a su tiempo un lenguaje más concreto y una manera de ver y reflexionar las cosas. En un comienzo partió por el interés de trabajar la visualidad desde el espacio, evocándome en la escultura. De ahí comencé a interesarme por distintas técnicas y a tomarle el peso a ésta, intentando aprender la mayor cantidad de recursos posibles.

Dentro de este periodo fue que tuve contacto con referentes artísticos que fueron definiendo y alineando mis intereses. La obra de Edward Kienholz me influenció en un aspecto más estético y compositivo. Trabajaba con escenas y personajes, aludiendo a acontecimientos o lugares anecdóticos, que abordaba desde su mirada. Las figuras de yeso y los tratamientos con pinturas y barnices de los objetos y escenarios lograban una unidad, estando todo dentro de la misma tónica. Sin duda fue un claro referente al momento de desarrollar el trabajo del “condicionamiento” anteriormente mostrado.



Imagen 28. Edward Kienholz: Sollie 17, 1979. Smithsonian American Art Museum.

Tuve un acercamiento con los mecanismos y el video que me abrió nuevas posibilidades de creación y desarrollo escultórico. El trabajar el movimiento dentro de la escultura me hizo mucho sentido, ya que el ritmo y el tiempo eran algo recurrente en mis trabajos. Esto se evidenció en el ya mencionado trabajo del condicionamiento, donde de principio quería construir un autómata, pero que al final sinteticé el movimiento de la mano del personaje.

Fue por Arthur Ganson que generé este interés. Su obra posee un nivel técnico muy complejo, pero que a su vez le da movimiento a cosas triviales, sin ninguna relevancia aparente. Claro ejemplo de esto es su obra “Machine with abandoned doll”

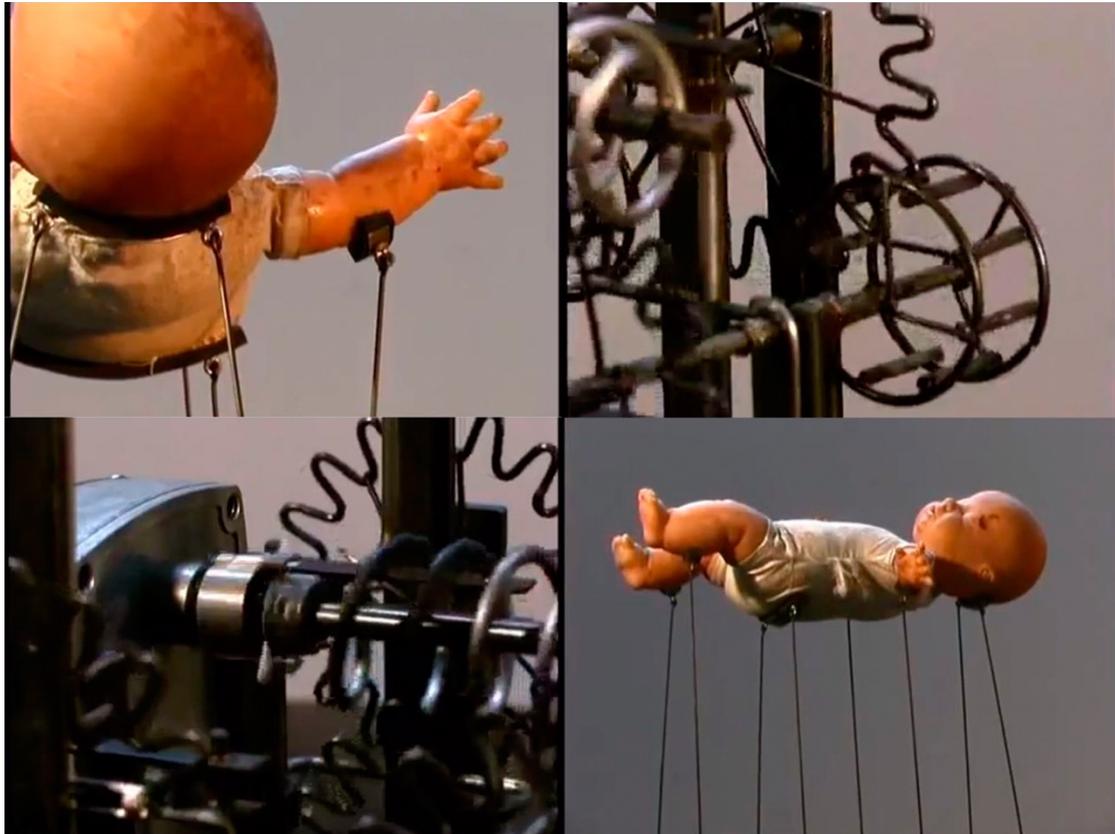


Imagen 29. Arthur Ganson: Machine with abandoned doll, 2008.

Una guagua de juguete recogida de la basura, lo más probable, que cobra vida al estar delicadamente apoyada a un complejo mecanismo que lentamente mueve sus extremidades, encontrando el ritmo y e intensidad perfecta.

Por el lado de la escultura más ligada al video arte tuve la oportunidad de conocer la obra de Fischli and Weiss, dúo artístico que trabajaba armando escenarios, cargados de tensión y de absurdo. Los objetos que forman parte de su obra se relacionan con los criterios de selección que yo también usaba. El uso del video como herramienta de registro era clave,

ya que algunas obras de ellos poseían un carácter efímero, por lo que el soporte final sería el registro, para poder mostrar la anécdota que sucedió en cierto lugar y en cierto momento.

El trabajo más completo a mi parecer es el video “Der lauf der dinge” o “The way thing go”, donde una serie de elementos de todo tipo van interactuando entre si, jugando con la física, con la tensión, con mucha pirotecnia y distintos ritmos. Una larga secuencia de reacciones en cadena que mantienen al espectador intrigado por lo que pasará, acciones cargadas de absurdo y sin sentido.



Imagen 30. Fischli & Weiss: Der Lauf Der Dinge, 29:40 min. 1987.

Estos tres referentes fueron claves durante el desarrollo de mi obra en la Universidad. Pero fue cuando egresé de la carrera que tuve contacto con quien sería el principal referente.

Llegó a mí el libro “Esculpir en el tiempo” de Andrei Tarkovsky, autor del que conocía un par de largometrajes pero que no me había dado el tiempo aún de revisarlos. Comencé a leer el libro y me di cuenta de que cada página era una reafirmación de las cosas que pensaba en mi interior. Eso que estuvo latente y no sabía muy bien qué era, el interés honesto y sincero. La manera de ver las cosas, de observar y de ser un trabajador de la poética me hicieron tanto sentido que pasó de ser un simple libro a una suerte de guía artística y espiritual.

Me predispuse a revisar su filmografía, partiendo por Stalker. Cada imagen que aparecía en la pantalla me llegaba profundamente. Los diálogos y monólogos, la calma de las largas tomas y el trabajo musical la convirtieron de inmediato en mi obra predilecta. Sentía que Tarkovsky no solo era un director de cine, sino que también un hombre que logró mirar dentro de sí y ser sincero con él mismo, enfocando su pulsión artística en los elementos vitales, en la simpleza de la vida, en la lluvia y la incansable lucha del hombre por hallar su sentido, de encontrar el amor y la paz.



Imagen 31. Andrei Tarkovsky: Stalker, 161 min, 1979.

Esta visión del mundo y del arte perfilaron mi imaginario y lenguaje aún más, definiendo mis reales intereses y motivaciones a la hora de hacer arte, de observar y reflexionar. Los cuestionamientos y planteamientos del autor fueron claves durante mi estadía en el sur y sobre todo al momento de comenzar a materializar mis vivencias en la obra que presentaré junto a esta memoria. Porque fue mi búsqueda; lograr traducir por medio del arte todas las experiencias que viví estando fuera de casa, las texturas, los ritmos y tiempos, pero por sobre todo, el trasfondo psíquico y emocional de ese lugar, de su gente y del entorno.

Dado el desfase de tiempo entre que experimenté estas cosas y las escribí, un elemento que apareció y tomó un carácter fundamental es el recordar. Por medio de esta acción pude traer a mi mente las distintas sensaciones y emociones que generaron en mi ser las cosas que viví. El poder volver a sentir es muy importante para el aspecto práctico de la obra,

ya que pude tomarme de esas sensaciones para traducirlas y volcarlas en un aspecto técnico, visibilizarlas de forma conceptual y material.

Durante mi estadía en el pueblo me familiaricé mucho con los botes, específicamente con las embarcaciones de madera. Intuía que desde ahí tenía que partir, teniendo al bote como elemento principal.

Comenzaron a aparecer las interrogantes.

- ¿De dónde nace este interés tan fuerte de encontrar la belleza en las cosas simples?

El proceso reflexivo al cual me sometí voluntariamente contribuyó a darle una gran importancia al tiempo y la observación, y fue gracias a este método que comencé a fijarme en las cosas simples, las que pasaban desapercibidas pero que contenían enormes cargas de poética y belleza. Tarkovsky escribió acerca de esto, “Una imagen creada –por cierto– es fiel cuando hay en ella elementos que expresan la verdad de la vida, haciéndola así tan única e irrepetible como la propia vida en sus fenómenos más insignificantes².” La cotidianidad está cargada de poesía. En las situaciones más triviales, donde no parece ocurrir nada es donde lo anecdótico se hace presente. Pero no es tan simple advertir estos elementos, la observación y la meditación son el camino para poder visualizar y dejarse llevar por la poética que está inmersa en el cotidiano. Es por eso que el tiempo cumple un rol fundamental en esta práctica; el tiempo real de las cosas, de cada elemento, de cada situación.

² TARKOVSKY, A. 1986. Esculpir en el tiempo. 6ª ed. Madrid, Ediciones RIALP s.a. 129p.

Cada cosa posee su propia temporalidad, contenida dentro de sí. El agua tiene distintos tiempos, dependiendo de la situación. Si nos referimos al mar, a un lago, a un río, a la lluvia.

Tal como lo escribí en la primera parte de este texto, una de las experiencias que más marcó mi vida y enfoque artístico fue trabajar en la leña. En relación a la experiencia navegando logré observar un par de situaciones.

Tres movimientos, distintos tiempos (ritmo)

- El ritmo de las nubes avanzando en el cielo.
- El ritmo del agua, pausado y constante lo que le otorga una textura estática, pero que al mismo tiempo evidencia el movimiento.
- El balanceo del bote, directamente relacionado con el ritmo del agua, pero que se diferencia de esta porque el movimiento es irregular, varía su intensidad.

A medida que el bote disminuye su velocidad se va acentuando su movimiento por causa de la corriente y del oleaje.

Ya tenía una idea más o menos clara de lo que quería desarrollar en la obra. Tendría un bote (real o construido) y este tendría su propio ritmo, pausado, como medido por el oleaje. Esto me bastó para comenzar a trabajar de manera concreta, saliendo del plano de las ideas y materializando las distintas posibilidades.

CAPITULO II

ACERCA DE LA OBRA

Todo proceso reflexivo y de creación que conlleva a la materialización de una obra, se sustenta en un terreno de constantes cambios y cuestionamientos. Refiriéndonos a la forma, claro está. El fondo siempre se mantiene intacto, ya que es de donde nace la necesidad de crear, la inquietud, la idea. Al ser un proceso, me es difícil dar con un comienzo exacto, pero de todos modos explicaré los acontecimientos de manera cronológica.

Tenía en mi cabeza una imagen que se me quedó grabada en la retina. Sentía que en ella se encontraban todos los elementos de los que quería hablar; el tiempo, la calma, la inmensidad de la naturaleza frente al hombre, la búsqueda de sentido, la simpleza y la poética.

Esta imagen proviene de la vez que fui con don Santiago a dejar materiales de construcción a su cabaña, en la playa San Martín. En el rato que nos sentamos a descansar me dediqué a observar lo que acontecía a mi alrededor. Don Santiago afilaba los dientes de la motosierra en el bote, mientras que los perros jugaban en la playa. Al rato, don Santiago se paró a buscar leña y los perros lo siguieron. El bote quedó solo por unos instantes, uno de los perros se devolvió y se metió al agua a jugar.



Imagen. 32. Pablo Vallejos: Fotografía de la embarcación Hielo Sur Bak 279, Playa San Martin, Tortel 2017

En ese instante se presentó frente a mí la imagen perfecta. El Rambo dentro del mar, en estado de vigilia aguardando por su amo y rodeado por el dibujo de las ondas en el agua que revelan el movimiento de esta. A su lado se encuentra el bote, cargado de elementos en su interior. Una analogía a la vida, colmada de situaciones, emociones y vivencias las cuales conviven todas juntas a pesar de sus diferencias. La embarcación aguarda serenamente, al igual que el perro. Se logra percibir en el ambiente la espera, la cual podría ser infinita. Una espera paciente y apacible. El horizonte está saturado por montes, uno tras otro y el cielo no se queda atrás, con densas nubes en el fondo, las cuales se van esfumando a medida que se acercan a la escena.

Esta imagen contenía todo, por lo que pasé varios días tratando de desentramar cada elemento para lograr traducir lo poético de ésta en un plano escultórico. Comencé a entraparme de tanto pensar por lo que decidí iniciar la construcción de un bote. Tomé un par de medidas y comencé a recolectar materiales que me sirvieran para trabajar.

Empecé curvando tablas, las cuales sumergí en agua durante varios días para poder doblarlas a la fuerza, quebrándose varias de estas en el proceso.



Imagen. 33. Prueba de curvado de madera. Humedecí la tabla y al adquirir flexibilidad la curvé a la fuerza entre los fierros de una escala, amarrándola con alambre para que no perdiera la forma. 2017

De principio me dediqué solo a la construcción del bote, la cual me demandaba bastante tiempo, dada la complejidad de su construcción y mi casi nulo conocimiento en la materia. Llegó un punto en que los cuestionamientos comenzaron a hacerse presentes, lo que era necesario para el correcto desarrollo de la obra. Comencé a cuestionar el sentido de la construcción del bote, pensando en traer a Santiago una embarcación de verdad. Surgió la interrogante y su respectiva respuesta.

¿Por qué construir el bote y no conseguir uno?

La construcción se genera por una necesidad escultórica, por el desarrollo de la técnica y los procesos que van generando cuestionamientos en el quehacer mismo. La construcción se liga directamente con el hacedor. De la necesidad surge una respuesta constructiva para

suplirla. En lugares como Tortel, esta propuesta constructiva carece de todo tipo de estudio formal de métodos y técnicas. El aprendizaje se va dando en el trabajo mismo, solucionando los problemas de manera intuitiva, astuta e ingeniosa. No existen límites para llevar a cabo la construcción, con lo que se tiene a mano se debe solucionar el problema, siendo la economía de recursos el principal método y no por elección, sino que por fuerza mayor.

Esto se liga directamente con la manera de ejecutar mis trabajos anteriores, reciclando material desechado, dotando a la “basura” de un carácter funcional, alargando su vida útil, relacionándome con el objeto y la técnica.

Hasta ese momento la construcción del bote había sido en base a ese mismo sistema. Ahora, ¿hasta qué punto tiene que ser funcional? Hay que ser precavido y prestar atención en lo que se quiere hablar. Es importante encontrar un equilibrio para no caer ni en la ambigüedad ni en la mera representación. Si, por ejemplo, construyera un bote a la perfección y lo posara sobre agua, estaría replicando una imagen del cotidiano del lugar al que remito. ¿Y qué sentido tiene replicar, hacer símiles? Estaría desaprovechando la oportunidad de volcar mi imaginario en el objeto, de concederle un carácter único. Por estas razones descarté la idea de traer un bote real, prestando atención al carácter compositivo de su construcción. El bote tenía que poseer su propia identidad.

Luego de haber hecho un par de pruebas comencé a diagramar la embarcación. Me imaginé dentro de ésta y comencé a calcular al ojo las dimensiones. Tres metros con cuarenta centímetros de largo, un metro con veinte centímetros de ancho (en su punto máximo) y un metro de altura.

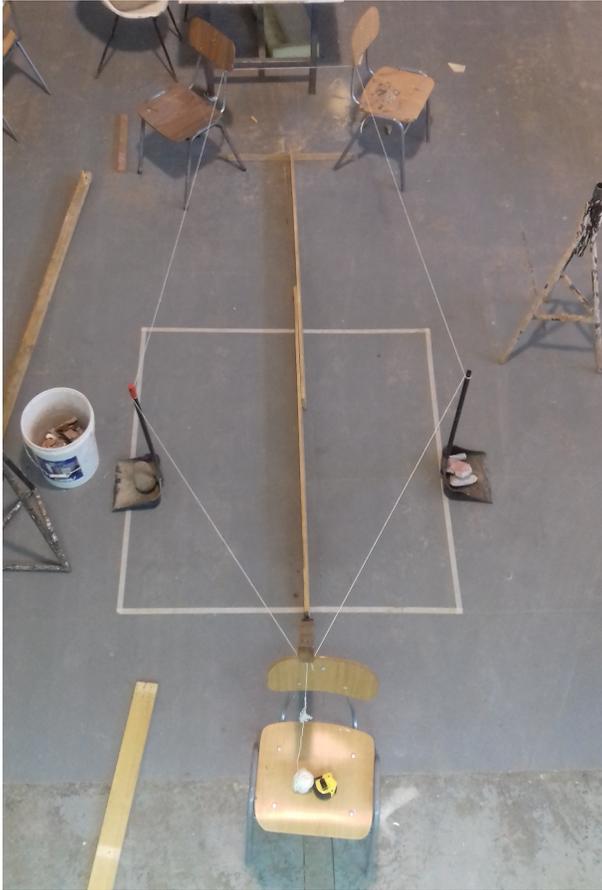


Imagen. 34. Perímetro del bote, trazado con pitilla sobre un par de palas plásticas y tres sillas. 2017

Ese fue el diagrama oficial en el que me basé para continuar con la construcción. Comencé a trabajar en la quilla, larguero en el cual se sustentan los brazos laterales donde se entabla la cubierta. Esos brazos se llaman cuadernas. Mientras más cuadernas tenga la embarcación más firme quedará el entablado. En este caso decidí que con tres sería suficiente. Más que mal, el bote no lo iba a navegar de manera convencional, y ahí estaba la jugada que tenía que concretar. Navegar era un concepto que no podía omitir, ya que las experiencias que tuve en el sur fueron navegando en distintas embarcaciones por lo que tenía que lograr traducir esa vivencia.

Continué trabajando a la par con los cuestionamientos que iban surgiendo. En un momento dado volví a reflexionar en cuanto a la forma del bote y al trasfondo:

Forma

Relación entre los materiales de construcción y la escala:

- Materiales: Madera, fierro, construcción intuitiva.
- Escala: 1:1, Longitud total 3.40mtx1mt

Fondo

La fijación que surgió con los botes tiene su origen en las experiencias vividas en Tortel. Trabajé navegando en un bote maderero. La sensación, o, mejor dicho, el abanico de sensaciones y estados emocionales que me producía navegar era muy placentero. Me sentía en paz, una calma absoluta.

El bamboleo de este acentuaba la sensación de ingravidez, separándome de la tierra (la tierra como el estado mental consciente).

La sonoridad de la escena concedía a la atmósfera un carácter onírico; un ruido persistente que llevaba a la mente a un estado meditativo. El sonido del motor era constante y ruidoso, pero se diluía con el sonido del agua que mecía el bote. Ambos configuraban una multisonoridad hermosa y perfecta, a pesar de ser opuestos en cuanto a su origen; un sonido proveniente de un motor, una máquina construida por el hombre. El otro un sonido de la naturaleza, de la fuerza con que el agua chocha con la embarcación.

En función de todo lo anterior, el bote pasa a ser un canal que guía el simple cotidiano a un plano onírico poético. Los elementos de la escena configuran la atmósfera perfecta. El cielo, los montes, el agua, el viento, la soledad. No hay distractores. Está todo dado para dejarse llevar por las corrientes del todo y de la nada; de la vida misma mecida con la misma suavidad y seguridad con la que una madre en sus brazos arrulla a su hijo.

El bote como elemento-objeto que conecta lo real con lo onírico.

Esta reflexión me dejó la inquietud de generar movimiento a la escena, específicamente en el bote. El asunto se complejizaba, pero decidí solucionar ese problema más adelante. Seguí con la construcción, cortando tablas y pensando como juntar la madera de forma que quedara firme y al mismo tiempo no perdiera la lógica constructiva basada en el ingenio.

Fue ahí donde se me ocurrió hacer juntas de fierro, las cuales irían apernadas a las tablas.

Tras solucionar ese problema técnico el avance se me hizo más rápido, logrando terminar las tres cuadernas y juntarlas a la quilla, quedando una sola pieza, el esqueleto del bote.



Imagen. 35. Primera cuaderna



Imagen. 36. Segunda cuaderna



Imagen. 37. Esqueleto terminado con las tres cuadernas fijadas a la quilla.

Tras finalizar esta etapa venía el trabajo del entablado, el cual comenzaría a darle identidad al bote. El espacio en el taller me quedó chico, por lo que tuve que buscar otro sitio. El lugar donde comencé me había quedado pequeño al comienzo de la faena, ahora este espacio me presentaba el mismo problema quedándome como única alternativa trabajar en el patio. Encontré un mesón largo donde el bote calzaba a la medida y me instalé afuera.

Comencé de a poco a martillar delgadas tablas, las cuales había recolectado anteriormente. Gruesas, delgadas, largas, cortas, medianas. Tenía para regodearme.

Pasé un par de semanas dándole a esa faena cuando de pronto volvieron a resonar en mi cabeza preguntas que ya me había formulado. Tomé mi libreta y comencé a escribir:

Reflexión Jueves 7 de diciembre del 2017

Me estaba costando sujetar una tabla para martillar por el costado inferior del bote. Fui a buscar una prensa para ayudarme y poder clavar cómodamente. Al volver con la prensa me dispuse a retomar mi labor cuando algo me hizo detener. Di unos cuantos pasos hacia atrás y observé el trabajo que había comenzado hace meses. Observé el entorno, los distintos objetos y elementos que rodeaban al mesón con la estructura del bote a medio entablar. Y fue en ese momento que vino a mi cabeza la pregunta ¿Por qué estoy haciendo esto? ¿Hasta qué punto es necesario el entablar el bote y hacerlo parecer como uno real? ¿Qué es lo que quiero decir? Estas interrogantes hicieron una pausa a la mecanizada tarea que estaba llevando a cabo y dieron lugar a la observación y reflexión.

Me di cuenta de que el trabajo y el cotidiano habían configurado de manera natural una escena que me era imposible no vincular con las experiencias que tuve en el viaje descrito en las páginas anteriores. Tal como sucedió al poner la escalera como un puente para pasar al otro lado del estero, la construcción del bote había generado diversos elementos y situaciones tan comunes y triviales que la poética contenida en estos estaba pasando casi desapercibida por mí. Todo el lugar de trabajo está lleno de pequeñas cosas que poseían su propia autonomía.

El bote está sobre un mesón, muy parecido a los que había en el astillero de Tortel. Este está amarrado a un atril oxidado, por medio de una cuerda plástica, que está tensionada para mantener el bote equilibrado. Para compensar el peso de este sobre el atril hay un par de troncos, uno sobre el otro. Tablas y palos repartidos por el suelo, un banquillo de

madera gastada pero firme que las hace de mesón para dejar herramientas. Y al frente del bote un barril de lata oxidado, con agua en su interior que contiene las tablas de distintos tonos, tamaños y texturas humedeciéndose a su propio ritmo para ser curvadas y entablar con ellas el bote. Hay distintos tiempos en cada elemento, hay movimiento, hay ritmo. Las tablas más largas se tambalean a merced del viento que a ratos aumenta de intensidad. El bote se mece muy sutilmente con este mismo, al igual que los extremos de la cuerda que lo sujetan, agitándose con movimientos rápidos y repetitivos. Muchas cosas pasan dentro de la misma escena, una escena armada por el cotidiano que casi termina por pasar totalmente invisible frente a mis ojos. Fue difícil percibirla por completo y hacer la reflexión.

¿Será necesario terminar de entablar el bote? Creo que no. El bote a medias deja abierta la temporalidad de sí mismo. Si estuviera cerrado se entendería como terminado, su proceso constructivo concluido. Un bote, hecho y derecho. Este está en un proceso infinito de término, como el momento en que el constructor fue a descansar, dejando su trabajo en pausa, con el plan de volver a cumplir su cometido. Las tablas sumergidas en agua potencian esto, alargando la temporalidad, ya que necesitan estar un extenso periodo absorbiendo agua para poder ganar elasticidad, lo que supedita a la construcción del bote a tiempos de espera largos, un proceso lento.

Ahora, el tambor con agua se asemeja de manera enigmática a un tarro de café que tenía y que fue usado para pescar. En su interior dejé piedras y trozos de fierro por varios meses, lo que fue formando una gruesa capa de óxido, al igual que el tambor donde tengo sumergidas las tablas, como un símil en distinta escala.

Al hacer la reflexión y observar cada elemento me fue imposible no pensar en el movimiento, específicamente en el que genera el agua. El vaivén que mece con suavidad, generando al mismo tiempo un sonido que llama a la calma y tranquilidad.



Imagen. 38. Fotografía del bote y su entorno anteriormente descrito, diciembre del 2017.

Luego de aquella reflexión decidí pausar el trabajo y concentrarme en resolver el tema del movimiento. Claro que no era tan simple como hacer que se moviera, sino que tenía que dar con el ritmo indicado, el cual remitiera al agua y al flotar. Luego de semanas de pruebas, errores y aciertos logré encontrar lo que buscaba; pero para ese entonces el bote no me convencía a nivel compositivo, le faltaba trabajo.

Más que a medio construir denotaba una especie de abandono, tomando otro camino interpretativo. Al advertir esto comencé nuevamente a trabajar en él, llenando cada espacio con tablas de distintos tamaños y formas, entrelazándose unas con otras, formando una suerte de textura y trama de ensamblaje que remitía a la lógica constructiva de Tortel. Armar con lo que tenía a mano, y si no lo tenía lo adaptaba para hacerlo calzar.

Luego de dar por finalizado ese trabajo me di cuenta de que había sido una buena decisión el retomar el entablado. Pude darle la particularidad que buscaba, la identidad que lo abstraía del bote funcional y que hablaba de distintos conceptos. El suple, la insistencia, la técnica y el tiempo.



Imagen. 39. Cholguán y tablas de distintos tamaños formando la trama del entablado. Encajadas unas con otras como si de un tejido se tratase. 2018.



Imagen. 40. Trozo de fierro unido a una tabla por medio de una tira de goma. A veces, los clavos no eran lo más indicado, y cuando la madera escaseaba había que suplir esa falta con lo que hubiese a mano. 2018.

El bote había alcanzado un nivel de construcción que me dejó conforme, lograba dar con una impronta llena de identidad. Luego de esto comencé a trabajar el asunto del

mecanismo que le daría movimiento a la escena. Investigué sobre el movimiento, dibujé prototipos, probé varias maneras, pero no lograba dar con el movimiento que estaba buscando, hasta que me dediqué a observar como el bote se comportaba en su entorno. Estaba sobre el mesón, en un espacio abierto, debajo de un árbol que le daba sombra. Estaba amarrado con una sogá a la superficie para que no se cayera con el viento, y ahí fue donde advertí un asunto importante. El estar amarrado le proporcionada estabilidad, y era justo eso lo que tenía que tensionar. Giré el bote, apoyándolo de manera perpendicular a los largueros del mesón, quedando atravesado y con una leve inclinación. Sujeté la cuerda con mi mano y el viento era el encargado de mecerlo suavemente a su ritmo. Era lo que estaba buscando, pero ahora tenía que lograr replicar la fuerza del viento que generaba el movimiento. Ya sabía que necesitaba proporcionar inestabilidad en el apoyo del bote y una fuerza constante que le diera el empuje. Probé hasta que lo conseguí. Un pequeño motor del cual salía una biela, una lienza y un par de resortes conformaron el mecanismo que tradujo el vaivén del bote meciéndose en el agua.



Imagen. 41. Fotografía del mecanismo del bote. Museo de Artes Visuales, MAVI 2018.

Lo objetual estaba resuelto, pero faltaba una parte importante de la obra, la atmósfera.

El montaje era el terreno donde podía volcar el aspecto sensorial y atmosférico que necesitaba traducir de mi viaje y experiencias. La iluminación, la distribución de los elementos y el sonido conformarían este anecdótico espacio.

Ubiqué el mesón junto con el bote sobre un alfombrado de pasto seco y tablas apiladas en la parte posterior. Esta combinación de elementos sumó un aroma característico al montaje, se percibía la naturaleza dentro de la sala, descontextualizando el lugar, creando un terreno atemporal dentro de ese espacio. Al caminar por esa superficie se levantaba un polvillo que densificaba el aire, pudiéndose ver flotar las pequeñas partículas a contraluz de los dos focos que iluminaban la escena. Esta decisión de montaje proviene de la intención de extraer el bote del contexto donde fue construido, desplazando parte de ese entorno natural a la sala, trayendo con sí parte de la temporalidad arraigada en su proceso de construcción.

Por otro lado, las tablas apiladas tienen su origen en el recuerdo de una vivencia en Tortel, de una de las salidas en busca de leña, donde nos encontramos con un montón de palos amontonados en la orilla de una playa.



Imagen. 42. Playa de leña. Caleta Tortel, enero de 2017.

Junto con los elementos que nombré anteriormente, frente la instalación se proyecta un video a pantalla completa del bote en que salíamos a buscar leña acercándose a un monte. Fue un registro al cual le hice un tratamiento de color, tiempo y sonido. El video original está a color, pero la proyección aparece en blanco y negro, porque tenía que acentuar el hecho de que no lo presentaba en la escena como registro sino como un recuerdo (concepto clave dentro del desarrollo de la obra), un recuerdo desde donde contextualizaba la construcción del bote, una pista de donde había nacido la idea de la embarcación y el navegar. En cuanto al tiempo, este fue ralentizado, generando una imagen contemplativa del desplazamiento del bote en el mar. El movimiento del agua se percibe suavemente, como seda y el vaivén del bote genera una sensación de ingravidez, un intermedio entre el flotar en el agua y flotar en el aire. Además de esto, el video es un loop, el bote jamás llega a su lugar de destino, sino que se mantiene eternamente avanzando y meciéndose por las aguas.

El sonido fue ajustado para potenciar los niveles del motor del bote junto con el oleaje golpeando la embarcación. Con ese ajuste la atmósfera poseía una sonoridad constante y envolvente que lograba situar al espectador dentro de la embarcación.



Imagen. 43. Captura del video proyectado en el montaje.

Toda la obra está basada en las distintas experiencias vividas durante el viaje. El recuerdo fue un elemento fundamental en su desarrollo, dado el desfase temporal entre cuando sucedieron las anécdotas y comencé con la memoria. Es en base al recordar que logré dar con las emociones que necesitaba traducir en la obra, y esta se materializó mediante un proceso de trabajo, de pruebas, reflexiones, ensayos y errores. En conclusión, puedo decir que lo que sucedió aquí fue la construcción de un recuerdo, uniendo vivencias y emociones, llenando espacios con lo que tenía al alcance de mi mano, clavando sensaciones en las tablas del bote, amarrando historias y anécdotas dejándome guiar por la impredecible y sabia mano del tiempo.



Imagen. 44. Montaje Hielo Sur Bak279, Museo de Artes Visuales, MAVI 2018.

4. CONCLUSIÓN

El relato preliminar inserto en este texto deja en claro el hecho de que toda experiencia, buena o mala, va dejando aprendizajes (siempre y cuando se le de ese enfoque) los que van formando la identidad del sujeto y ésta es la que define el lenguaje e imaginario artístico propio. Ejemplo de “mala” experiencia podría ser la crisis por la que todos nos hemos visto atrapados en más de una oportunidad, bloqueando nuestra pulsión artística a niveles poco sanos. Pero todo va en el enfoque con que se perciban y entiendan estas situaciones. “Para mí, una crisis interior es siempre un signo de salud. En mi opinión, no supone otra cosa que un intento de volver a encontrar el propio yo, de conseguir una nueva fe. Entra en un estado de crisis interior todo aquel que se plantea problemas intelectuales. Esto es perfectamente lógico, puesto que el alma ansía armonía, mientras que la vida está llena de disonancia. En esta contradicción se halla el estímulo para el movimiento, pero también la fuente de nuestro dolor y de nuestra esperanza. Es esa contradicción la confirmación de nuestra profundidad interior, de nuestras posibilidades espirituales.”³

Esta reflexión posee un interesante grado de madurez espiritual y artística, reafirmando mi idea sobre las experiencias y aprender de estas.

El viaje, la crisis, el retiro, el reencuentro y el retorno dieron como resultado la necesidad de contar estos sucesos de una manera visual, ocupando como medio de traducción poética las artes visuales. No concibo otra manera de sacar fuera y plasmar todo lo vivido, es la que elegí y con la cual me siento pleno.

El desarrollo artístico presupone un infinito trabajo reflexivo y de perfeccionamiento. Nunca acabará, siempre estará en constante cambio.

³ TARKOVSKY, A. 1986. Esculpir en el tiempo. 6ª ed. Madrid, Ediciones RIALP s.a. 218p.

El trabajar desde el arte implica compromiso y seriedad. Tomarlo a la ligera sería una completa falta de sentido y vacío espiritual, ya que es un medio que no se rige solo por la intelectualidad y la lógica. Posee elementos que están en un plano metafísico, trabaja con el sentir y las emociones del individuo, que, a mi parecer van más allá de la racionalidad.

El significado de esta obra, a modo personal, es una primera etapa de muchas otras, el comienzo formal de mi desarrollo como artista, el inicio de una realidad no exenta de altos y bajos, de momentos de dicha y de tristeza. Pero eso es lo que hace más real la vida, experimentado todo tipo de emociones y pensamientos, de los cuales al tener conocimiento de causa se pueden aprovechar desde la creación artística y formular obras con una alta cuota de honestidad y sinceridad.

“La imagen tiende hacia lo infinito y conduce hacia lo absoluto. Es más, lo que suele llamar la idea de una imagen no se puede expresar en la multiplicidad de sus niveles y significados con palabras, sino tan sólo con el arte.”⁴

⁴ TARKOVSKY, A. 1986. Esculpir en el tiempo. 6ª ed. Madrid, Ediciones RIALP s.a. 127p.

5. BIBLIOGRAFÍA

TARKOVSKI, Andrei. 1986. *Esculpir en el tiempo, reflexiones sobre el Arte, la Estética y la Poética del Cine. Madrid.*